



Universidad Nacional Autónoma de México

Facultad de Estudios Superiores Iztacala

La medicalización de las relaciones sociales
y el uso biopolítico de las emociones

T E S I S

QUE PARA OBTENER EL TÍTULO DE

LICENCIADA EN PSICOLOGÍA

P R E S E N T A

Irma Pamela Rangel Gallegos

DIRECTOR: Mtro. Víctor Manuel Alvarado García

DICTAMINADORES: Mtra. Mayra Eréndira Nava Becerra

Dr. Ramón Chaverry Soto



Los Reyes Iztacala, Estado de México, 2018



Universidad Nacional
Autónoma de México



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

AGRADECIMIENTOS

A María y Carlos, por su amor y apoyo incondicional

A Mildred y Mauricio, por estar aun a distancia.

A Lalo, por la complicidad y la calma.

A Mayra, Víctor y Ramón, por compartir y por la inspiración.

A Luebbert, Loán, Sari, Agata, Brenda y César; por los ánimos y las risas.

A Ame y Alo, por su compañía y escucha.

A mis Maestros, familia y ancestros.

Para mi abuelo, Lucino.

The sun will set for you.

ÍNDICE

Introducción	1
I. Mirada crítica de la psicología social	4
II. Configuración de la época actual y su sociedad de rendimiento	19
III. Medicalización de las relaciones sociales: biopolítica y psicopolítica de las emociones	34
Conclusiones: Por una apuesta política de las emociones	56
Referencias	59

INTRODUCCIÓN

*No es signo de buena salud el estar bien adaptado
a una sociedad profundamente enferma*

– Jiddu Krishnamurti

En el mundo contemporáneo, regido hegemónicamente por los imperativos de un *orden* neoliberal/capitalista, el mercado ha surgido como el espacio privilegiado para las relaciones sociales: actualmente, el consumo define los parámetros por los cuales establecemos un vínculo, o no; en este marco, la novedad, la apariencia, los atributos, por ejemplo, son cuestiones que definen el valor de un producto y, hoy en día, de *la persona*.

El mantenimiento de este sistema requiere cierto equipamiento de los individuos: un conjunto de creencias y aspiraciones que los llevan a desarrollar cotidianamente determinadas prácticas de relación, con fundamento en su participación en el mundo del trabajo y, fundamentalmente, del consumo. Estos requerimientos, sin embargo, se formulan alrededor de ciertas creencias/valores que se han instalado planetariamente, donde descansa el sostenimiento del orden desde la propia individualidad: la libertad, la salud, la productividad, el rendimiento, el poder de adquisición, entre otros, son discursos de mayor impacto en la sociedad actual y en la concepción individual/colectiva respecto de la idea de *realización humana*.

En el nivel individual, la configuración personal en los términos de una mercancía es cada vez más extendida. Elegir una de las tantas y, al mismo tiempo, limitadas personalidades disponibles en el mercado, aceptable en sus determinaciones relacionales, hoy resulta ser una tarea cotidiana; por ejemplo, desde la creencia actual en la salud, ser saludable se convierte en una tarea dominante en el curso habitual de la vida, y se es saludable en la medida en que se consumen ciertos alimentos y se realiza una rutina de ejercicios para el cuidado del cuerpo, en cuanto se procura un control de sí mismo y las emociones se viven y expresan de manera asertiva. En términos generales, el orden dominante establece imperativos a poblaciones e individuos para vivir *correctamente*, para participar adecuadamente en el mundo mercantilizado que se expande globalmente.

Esta forma *correcta* de vivir pretende que cada cual desempeñe *su* mejor versión con la familia, las amistades, la escuela, el trabajo y todos los ámbitos donde se esté inscrito por el simple hecho de que se es capaz de hacerlo. Esto supone que, tanto individuos como poblaciones, inscritos en el

orden hegemónico, trabajen cotidianamente para generar una participación en *su* mundo que corresponda con las creencias/valores propios del mundo del mercado: rendir en la escuela, el trabajo, las relaciones sexuales; hacerse de atributos vendibles en el ámbito laboral, en el emocional, en el sexual, entre muchos otros: incorporar interminablemente atributos, habilidades, competencias sociales, inteligencia emocional, imagen social, es la tarea dominante.

No obstante, no todos logran mantenerse en esa demanda continuamente, lo que propicia la generación de ciertas emociones y sentimientos que no sólo hay que controlar para seguir intentando lograr esa única forma correcta de existencia, sino que hay que buscar las alternativas para lidiar con ello de manera individual. Así, esta impotencia de mantenerse en la batalla cotidiana por participar de la dinámica social imperante ha vuelto al terreno de lo emocional un aspecto fundamental en la administración político-social de la vida y le ha convertido en un espacio de intervención terapéutica, incluso como fórmula gubernamental.

Bajo el discurso de que las emociones y los sentimientos son opuestos al ideal racional, estas se someten a un dominio aún más naturalizado e invisibilizado puesto que ellas se conciben como algo que surge, nos sobrepasa y nos hace reaccionar involuntariamente de manera irresponsable e incluso peligrosa. Es decir, es un terreno que puede no ser controlable desde la pura racionalidad, por lo que abre el camino a la intervención externa a los individuos y las poblaciones.

El hecho de que las emociones nos rebasen tiene implícito un planteamiento acerca de la intención e intensidad en el vivir; el manejo racional supone un control de las intensidades emocionales, como lo propone, por ejemplo, la inteligencia emocional. Hoy en día las alternativas que existen para atenuar estas intensidades son numerosas, pero sólo están disponibles para un sector de la población que puede acceder económicamente a ellas. La medicalización promovida por los expertos, quienes ponen en marcha el discurso científico, aparece como una herramienta para el manejo de las emociones, la cual ha tenido un incremento importante en los últimos años.

Hasta ahora, todo lo que la ciencia ha prometido tiene efectos que, con la premisa de conducirnos en la dirección del progreso, han vuelto la vida aún más precaria, para unos más que para otros. Esto es evidencia de que la ciencia, más que como una solución, actúa como herramienta de una forma de gobierno en el que se promueve un solo tipo de vida.

No ha habido sociedad que no busque dirigir, en algún sentido, a su población; sin embargo, este gobierno tomó un giro específico hacia el control del cuerpo individual y social: el biopoder. Algunos autores (Foucault, 1974; Fernández y Sierra, 2012) sugieren que actualmente se ha vuelto aún más invasivo este control, inclusive se plantea que el dominio actual ha ocupado el alma, es decir, todo aquello que trasciende nuestro cuerpo físico, estableciéndose como una psicopolítica (Han, 2014), en la medida en que la psicología actualmente es una de las áreas que nos ha vuelto ajenos a nuestra propia experiencia, con la pretensión de que su aplicación es neutral.

Las ideas dominantes que hasta aquí se han esbozado, implican que una mirada crítica a este estado de cosas demande una aproximación diferente a las hegemónicas. Una perspectiva social, específicamente el socioconstruccionismo, aparece como la opción adecuada para poner en evidencia que, en la actualidad, las emociones son usadas para cumplir con los imperativos del régimen biopolítico, así como las relaciones sociales están atravesadas por procesos de medicalización.

Es por ello que el presente trabajo tiene como finalidad problematizar el planteamiento naturalizado respecto de las emociones, su definición y trascendencia, que las reduce a experiencias sujetas al estudio neurológico y que no sólo infiere que estas son universales, sino que las despoja de su cualidad como productoras de realidad.

En contraste, se propone aproximarse a ello desde una concepción de la emocionalidad como una construcción, que opera como un determinante de las relaciones que se establecen con otros, con *el mundo*, incluso con uno mismo. Este planteamiento permite situar la cuestión emocional como parte de la configuración político-social de la vida individual y colectiva y, en esa medida, atenderla en esas dimensiones más que como un aspecto exclusivamente psicológico. Se busca, a fin de cuentas, abrir una alternativa para la aproximación conceptual e incluso de práctica de vida, distante de los actuales imperativos hegemónicos y, con ello, situarle como una vía para la construcción social de la vida ajena a los dominios actuales y sus poderes, mismos que se expresan en el control emocional gubernamental, en el que la medicalización emerge como una herramienta fundamental de control político-social.

I. MIRADA CRÍTICA DEL SOCIOCONSTRUCCIONISMO

Gran parte del mundo contemporáneo está caracterizado por distintos rasgos que determinan el sentido en el que se conduce la vida individual y colectiva en todas las dimensiones de la existencia. La expansión de la democracia liberal y los imperativos del mercado, el fortalecimiento de la individualidad como valor, la imposición del sentido empresarial, por ejemplo, encuentran expresión en dinámicas sociales, desde las que se diseña un tipo específico de individualidad, al mismo tiempo que permiten mantener un orden congruente con los lineamientos del modelo liberal/capitalista.

En la etapa actual de dicho modelo, la producción ha sido reemplazada como propósito del trabajo para dar lugar a la sociedad de consumo: las personas trabajan para comprar su identidad; no obstante, también estas adquieren la cualidad de mercancía y como tal, han de procurar contar con las cualidades que las mantengan en el mercado como producto deseable y vendible: emerge el individuo marca, resultado de un diseño, ajeno a la antigua idea del ser espiritual o del ser trascendente que expresa su existencia en una realización mundana para ganarse otro tipo de vida. Este nuevo mundo propone un hombre nuevo:

Con la aparición de un hombre nuevo se produce exactamente lo contrario: la supervivencia del cuerpo (acaparado por el deporte, la medicina, la seguridad social, lo humanitario, el Estado, la farmacopea estética, sexual, los gimnasios, la publicidad) y la desaparición del alma. Cada uno de los aspectos de este hombre nuevo es una de las figuras tomadas por este zombie que es a la vez un producto de la descomposición del hombre y un fantasma nostálgico de esta unidad perdida, que en adelante obsesiona al presente (Redeker, 2014, p. 10).

La libertad pregonada por el neoliberalismo, que se expande planetariamente, radica en la difusión generalizada de que a partir de la facultad para elegir qué consumir se puede definir quién ser y qué hacer en un mundo donde las opciones están predeterminadas, facultad en que se hace descansar la posibilidad práctica de la individualidad. La expansión planetaria de esta idea implica efectivamente una homogeneización de la individualidad, y en ella se reflejan procesos de

gubernamentalidad¹ que tienen implicación en todos los aspectos de la existencia, incluidas la alimentación y el cuerpo (Redeker 2014), ejerciendo un control fundamentado en discursos que apelan a la racionalidad como fundamento del existir². Esta racionalidad, se consuma efectivamente cuando todos y cada uno puedan manejar *su* vida controladamente. Anteponer el autocontrol y el análisis al arrebatado y la impulsividad, así como tener iniciativa, ser emprendedor, saber administrar dinero, estudiar y trabajar con el objetivo de alcanzar estabilidad, son demandas continuas que refuerzan la regulación social del individuo.

Actualmente, la urgencia de la individualidad ha devenido tarea de gobierno; esta urgencia adquiere manifestación en el bombardeo que vive el individuo a través de mensajes que aluden al arreglo físico, la preparación profesional, el gobierno emocional, para un mejor desempeño como miembro de una familia, pareja, escuela, trabajo, etc.

En este marco, es posible considerar que nos enfrentamos a un individuo arquetípico, un ser paradigmático, que ha de ser capaz de orientar su vida respecto a fines específicos: gobernar sus emociones, controlar su entorno relacional, actualizar sus habilidades, tanto en la vida amorosa como laboral, en su inserción en el espacio público, por ejemplo. La demanda continua de demostración de una individualidad correcta, de acuerdo con Han (2010), produce individualidades que enfrentan cada día el cansancio, lo que da lugar a trastornos mentales *proprios* de la época:

Toda época tiene sus enfermedades emblemáticas. Así, existe una época bacterial que, sin embargo, toca a su fin con el descubrimiento de los antibióticos. (...) El comienzo del siglo XXI, desde un punto de vista patológico, no sería ni bacterial ni viral, sino neuronal. Las enfermedades neuronales como la depresión, el trastorno por déficit de atención con

¹ Según (Botticelli, 2016) el concepto de gubernamentalidad, introducido por Foucault, permite articular las formas de saber, formas de poder y los procesos de subjetivación “como una variedad de planos (...) donde se expresa la racionalidad política que busca atender a la necesidad de gobernar el Estado” (p. 89).

² Desde la conformación del paradigma mecanicista, fundamentado en el racionalismo-deductivo de Descartes y el empirismo de Bacon, se configuró una visión determinista del universo donde la confianza en la propia observación guiada por la razón constituía el método para conocer la verdad (Capra, 1992) y cuestiones como la objetividad del conocimiento, el determinismo de los fenómenos y la verificación empírica obedecían a un interés dominador sometiendo la observación e instrumentos a la razón (Villoro, 2010).

hiperactividad (TDAH), el trastorno límite de la personalidad (TLP) o el síndrome de desgaste ocupacional (SDO) (...) no son infecciones, son infartos ocasionados no por la negatividad de lo otro inmunológico, sino por un exceso de positividad. (p. 11)

Esta condición de cansancio ante los imperativos de individualidad ha generado que emerjan alternativas para que las personas controlen y gobiernen sus relaciones, *su* destino y a sí mismas. Uno de los territorios de vida en que esto adquiere formas específicas es el de la emocionalidad y, ante esto, la medicalización se ha convertido en un recurso cada vez más extendido. En este sentido, la emocionalidad y la medicalización se han convertido en una cuestión de atención pública, incluso de política de gobierno, asunto que es el marco general de interés de este trabajo.

Se ha generalizado la idea de que las emociones escapan al dominio de lo racional y, por ello, es una de las áreas en las que tal control es cada vez más notorio. La problemática entre la emocionalidad y la medicalización se vislumbra al cuestionar la noción de la naturaleza interna de las emociones y tomar en cuenta que en las relaciones humanas se construye la concepción del mundo, lo que se considera verdadero o falso, bueno o malo, etc., desde

grupos de individuos que tienen una situación concreta en la historia y la cultura (...) que limitan el flujo generativo de las relaciones humanas y de la naturaleza de las expresiones, autorizados para determinar el futuro colectivo – separando a aquellos otros que son reducidos al silencio (Gergen, 2005, p. 48).

La modernidad supuso, entre otros aspectos, el despliegue del control científico sobre los cuerpos individuales y el cuerpo social principalmente a través del ejercicio médico y disciplinario. La medicalización, que refiere al diagnóstico y tratamiento médico de un problema cuyo origen no es orgánico, es uno de los más radicales modos en que el control social se ejerce sobre el ámbito de las emociones y, en general, sobre el diseño de vida dominante en la sociedad, que se legitima cada vez más a través de prácticas como la capacitación, la inteligencia emocional, la rehabilitación social, el entrenamiento ejecutivo, entre otros.

Es por ello que para trazar una relación entre dichas prácticas, específicamente entre la medicalización y el mantenimiento de determinado dominio social correspondiente a la época actual, y reconocer las consecuencias de concebir las experiencias humanas – como la emocional – como naturalizadas y no como prácticas contextualizadas, se requiere una visión que refleje que “los sujetos estamos situados en un mundo que hacemos y nos hace a la vez” (Sandoval, 2010, p.

36). Ante ello, encontramos en la psicología social el terreno desde el cual problematizar social y políticamente la esfera de lo emocional en su trascendencia para la configuración de la *realidad humana*, particularmente la psicología social construccionista, que es una aproximación que privilegia un acercamiento relacional entre diferentes dimensiones y niveles de realidad – que vincule lo emocional con las prácticas económicas, lo individual con lo político-social, por ejemplo- y que permite abordar la relación emociones, gubernamentalidad y medicalización, de una forma histórica. Pero no siempre la psicología social se planteó en estos términos.

Inicialmente, primera mitad del siglo XX, el abordaje social desde la psicología se justificó desde el supuesto de que la racionalidad no sólo era aplicable a objetos concretos sino también a la sociedad. En dicho periodo, el Estado moderno y la democracia habían de ser legitimadas a través de la opinión pública y su regulación, objetivo que asumió la psicología social de la época. La generalización de la economía del mercado demandó el conocimiento y creación de necesidades en las personas para permitir la competencia por la preferencia respecto de las opciones que le ofrecía el modelo dominante.

En este sentido, Ibáñez (1993) puntualizó los aspectos políticos que permitieron la conformación de la psicología social: el modelo democrático, que demandaba un *equipamiento* de determinados “sentimientos, deseos, motivaciones, identidades, representaciones y valores” (p. 28) en los individuos, para crear una intersubjetividad que legitimaba su gobernabilidad a través del ejercicio de una libertad fabricada y la transformación de la relación entre lo micro y lo macrosocial, es decir, el cambio del efecto constante e instantáneo que el aspecto global tiene sobre las cuestiones locales, así como el incremento de la distancia entre ambas dimensiones que complicó la “capacidad de incidir en las altas esferas” (p. 27), creando un aumento en actitudes de indiferencia social o poco interés de los individuos en el ámbito político.

Sin embargo, no se reparó en – o se ignoraron – las implicaciones que este conocimiento tendría, puesto que su importancia radicaba únicamente en la utilidad que tendrían en el mantenimiento de cierta dinámica; es por ello que al surgimiento de la psicología social dominó una perspectiva que buscaba determinar cierta regularidad en las situaciones y generalizar el conocimiento, enfocándose en los hechos sociales independientemente del individuo, esto es, sin tomar en cuenta el sentido que este confiere a dichos eventos o cómo estos son asimilados, reduciéndolos a una

relación de causa–efecto, similar a la relación estímulo–respuesta establecida por el estudio científico de la conducta (Tovar, 2001).

Tempranamente, dicha corriente, conocida como *psicología social psicológica* o *psicología social del individuo*, generó controversia y numerosos cuestionamientos³ que enfatizaron su incapacidad de comprender la complejidad del marco social, debido a que su concepción rígida de la realidad no reflejaba su cualidad cambiante, característica de los fenómenos sociales y, por ende, el conocimiento que producía sobre estos era limitado y representaba una respuesta nula ante las exigencias del contexto; fueron advertidas como un “freno en el desarrollo de la psicología social” puesto que, incluso hoy en día, su intolerancia excluye o deslegitima a otras corrientes, negando no sólo la pluralidad del área sino también del ámbito social⁴ (Íñiguez-Rueda, 2003, p. 229).

Esto desembocó en una crisis de la psicología social entre las décadas de los 60 y 70 que tuvo como resultado el surgimiento de corrientes críticas que apostaban por la transdisciplinariedad (entendida como el trabajo colaborativo e integral de diferentes campos) y la aplicabilidad de su materia, asumida como un compromiso ético y político con la emancipación y la transformación social que generara nuevas estructuras sociales.

Como resultado de lo anterior, la mirada se condujo al planteamiento de lo que Tovar (2001) nombra como *psicología social sociológica* o *psicología social de las relaciones*, distinguida por el lugar privilegiado que se le confiere a la dimensión subjetiva (del latín *subiectivus*, que refiere a aquello perteneciente o relativo al modo de pensar o sentir del sujeto y no al objeto en sí mismo [RAE, 2001]) de la realidad psicosocial, la cual se configura “en torno a la forma particular en que

³ El descontento no sólo se manifestó por parte de profesionales con distinto marco de referencia, sino también por aquellos que lo promovían porque notaron que la objetividad que pregonaban era aparente, dado que el investigador que pretendía ser totalmente ajeno a la situación de laboratorio estaba implicado en una relación de comunicación e interinfluencia al repercutir en las expectativas y comportamiento del individuo evaluado (Tovar, 2001).

⁴ No obstante, Ibáñez (1994) afirma que “la batalla contra el positivismo ya está ganada” (p. 224), tanto en el aspecto conceptual como en el práctico, puesto que sus fundamentos y aparentes logros pertenecen a un nivel que implicaría un retroceso si se retomara dentro de las explicaciones que las ciencias sociales ofrecen, dado que sus aportaciones tan precisas e inflexibles deben ser rápidamente remplazadas para mantener su vigencia, gracias a la cualidad variante de su objeto de estudio.

el sujeto – individual o social – ha de representarse y vivenciar sus vínculos con la naturaleza” (p. 11).

En esta vertiente de la psicología, la realidad social no se entiende desde la perspectiva esencialista – para la cual *sólo es* – sino que es construida en la interacción de las personas de la cual brota una realidad simbólica; es decir que los seres humanos actúan según el significado que le confieren a las circunstancias, este a su vez, surge de la interacción social – por lo tanto, trasciende lo individual – y tiene la posibilidad de manipularse y/o modificarse a través de la interpretación (Tovar, 2001).

Aproximarse desde este orden de ideas, demanda una aproximación conceptual que permita entender lo emocional como asunto que sucede en las relaciones sociales; que permita también atender la dimensión histórica de esta cuestión, es decir tanto los rasgos particulares de la época como su carácter procesual; considerar el lugar que ocupa el lenguaje como constructor de la realidad, así como exponer cómo en la relación entre emocionalidad y medicalización se incorporan elementos de gubernamentalidad y control social. Por sus rasgos específicos, la psicología social construccionista nos permite hacer este abordaje.

Kenneth Gergen es una figura crucial al hablar del construccionismo social, puesto que fue el primero en abordar el tema de manera general en su obra *Toward transformation in social knowledge* en 1982 y más consolidada en *The social constructionist movement in modern psychology* de 1985; sin embargo, él no afirma que esta propuesta le pertenezca, e incluso se refiere a ella como un movimiento y no como una teoría, dotándola de las cualidades de un proceso, cuyos elementos teóricos siempre están en progresión en escenarios cambiantes e imprecisos (Ibáñez, 2003) haciéndolo una perspectiva abierta y flexible⁵.

⁵ Una de las corrientes que encontraron una gran oportunidad de crecimiento en esta alternativa fue la feminista, puesto que también consideraba que las relaciones que establecen los individuos afectan la concepción propia y de su entorno, conformado por múltiples factores como género, raza, clase, entre otras, que influyen en la experiencia de cada uno (Fragen y Fadiman, 2010). Ante el hecho de que la ciencia empirista era comúnmente empleada por hombres para contribuir a la subyugación de las mujeres, el socioconstruccionismo representó una atractiva alternativa de entendimiento del ser humano al hacer énfasis en el valor del conocimiento, así como también se vio enriquecida por las nuevas metodologías de investigación que se conformaron en la esfera feminista (Gergen, 1985).

Al configurarse en el contexto de la anteriormente referida crisis de la psicología social y optar por dotar a esta propuesta de dichas cualidades, es evidente que su propósito radicó en representar un nuevo marco de análisis que trascendiera los parámetros dualistas tradicionales – sujeto/objeto – y los problemas derivados de ello, lo cual implicaba un desafío que pretendía trastocar el funcionamiento y potencial de la ciencia (Gergen, 1985).

El autor la describió como “una forma de orientarse en la vida, de concebir otras formas de existencia como construcciones, como personas insertas en relaciones con valores compartidos”, lo cual permite que las explicaciones que se formulen a partir de dicho enfoque no sean de tipo determinista, desacreditando elementos alrededor de los cuales se conforman otras teorías, como la objetividad o la verdad, sino que se reconozca la multiplicidad del mundo a través del planteamiento de preguntas de tipo “¿Cómo es x posible y cómo nos relacionamos con ello?” (YouTube, 2014).

Gracias a su compromiso ético, esta psicología aborda temáticas como la anterior al problematizarlas – es decir, crear cuestionamientos a partir de dinámicas sociales cotidianas, con el objeto de hacer visibles las relaciones de poder que estructuran a la sociedad y, en el mejor de los casos, ofrecer una alternativa de transformación social que trastoque dichas estructuras.

De igual manera, permite abrir la discusión y establecer las condiciones para sostener como eje conductor la problematización que genera cuestionamientos en relación con el abordaje del suceso social desde diversos campos, no sólo el psicológico, contribuyendo a la creación de conocimientos relevantes y con aplicación a una población y espacio definidos, develando prácticas de dominación invisibilizadas, como puede ser la medicalización de las emociones.

Esta perspectiva cobra sentido a partir de algunos supuestos que Gergen (1985) considera relevantes para comprender los procesos mediante los cuales las personas dan cuenta del mundo en el que viven y de sí mismos:

- Las deficiencias de los paradigmas dominantes propiciaron el cuestionamiento radical de los supuestos comúnmente aceptados por conocimientos validados a través de la observación, situando el saber en una cultura, historia y contexto social, con el fin de cuestionarlo y transformarlo.

- A lo largo de la historia, los términos bajo los cuales se ha aproximado a conocer el mundo han sido producto de un intercambio social activo y cooperativo; artefactos sociales tales como la niñez, el instinto maternal, la depresión, la bipolaridad, etc.
- La proclamación de ‘lo verdadero’ por parte de los marcos positivistas había revelado su objetivo desacreditador respecto a puntos de vista diferentes a ellos; es por ello que tal tipo de validación no representaba una guía al ocuparse de fenómenos sociales cambiantes.
- Las formas de entendimiento entre las personas son realmente negociaciones que tienen un significado crítico en la vida común; las descripciones o explicaciones del entorno constituyen formas de acción social, tal como son las expresiones, movimientos o posturas corporales sujetas a interpretación.

Por supuesto, el núcleo de estos planteamientos ya lo compartían otras proposiciones previamente realizadas por diferentes autores que motivaron la creación del socioconstruccionismo, entre las cuales Gergen (YouTube, 2014) menciona la relevancia de Michel Foucault, quien reconoció la importancia de la teoría crítica al exponer que la aceptación de cualquier línea argumentativa ejerce cierto poder sobre uno (saber/poder); así como la teoría literaria, desde la cual se describe cómo el lenguaje moldea las representaciones que hacemos del mundo y de nosotros mismos; y por último, los estudios sociales de la ciencia, realizados principalmente por Thomas Kuhn, en los cuales se aborda cómo las ciencias moldean, desde ciertos paradigmas preestablecidos que dictan los métodos y aseveraciones, el conocimiento que es creado en grupos o comunidades.

Estos planteamientos dotaron de ciertas características a las premisas de la epistemología socioconstruccionistas, de entre las cuales sólo algunas son relevantes para el estudio con mirada social relacional que problematiza la medicalización de las emociones como una cuestión de gubernamentalidad, propia del mundo contemporáneo:

En primer lugar, la dimensión histórica parte de lograr un entendimiento dinámico de la historia al tomar en cuenta la *memoria* de los fenómenos, prácticas y estructuras sociales, las cuales resultan de “peculiaridades culturales, tradiciones y modos de vida”; es decir, comprendida desde un marco de referencia más complejo que el recuento de un pasado ya escrito y determinante, comparado con la idea de que los fenómenos sociales tienen incorporados la “memoria de las relaciones sociales que lo instituyeron como tal”; esto es, que algunos *no acontecimientos* (eventos invisibles en un periodo histórico dado) pueden volverse – auténticos acontecimientos – a través de su

posterior desarrollo, revelando que la genealogía de estos también es cambiante, tal como el conocimiento expuesto respecto a ellos, por lo que siempre está incompleto⁶ (Ibáñez, 1994, p. 219).

Ibáñez (1994) refirió a lo anterior como el argumento ontológico desde el cual la psicología social había de partir respecto a la naturaleza de los fenómenos sociales, así como abordó el argumento epistemológico, correspondiente a las características del conocimiento que ha de crearse a partir de esta, bajo la lógica de que la realidad social es resultado de las prácticas humanas, y son estas mismas las que crean las condiciones para la transformación de los mismos fenómenos sociales.

Lo anterior alude al carácter dialéctico, entendido como un *bucle recursivo* sobre el cual la sociedad existe a través de las prácticas desarrolladas por los individuos, así como estos sólo se constituyen como sociales mediante su producción por la sociedad; refiere a una mutua construcción entre la *naturaleza relacional* de los fenómenos sociales y el carácter procesual de estos, que implica concebir a los objetos sociales en un proceso de constante devenir⁷.

La manera de referirse a cualquier cosa está socialmente construida por un conjunto de relaciones con ciertos parámetros que la definen y sin una perspectiva, no puede decirse nada de *eso*; es por ello que el conocimiento del que son responsables los psicólogos sociales, sociólogos, antropólogos e historiadores es dependiente del contexto desde el cual se desarrolla, en otras palabras, “los conceptos, análisis y teorías que se utilizan para dar cuenta de la realidad social forman parte, ellos mismos, de esa realidad” (p. 220), por lo que sería incoherente marcar una

⁶ Al respecto, Ibáñez (1994) remarca que el psicólogo social ha de concebirse como un “constructor de obras efímeras” (p. 218) al mantener una crítica constante de sus obras y las de sus colegas, constituyendo sólo “verdades prácticas” – asimiladas como “puntos de apoyo para formular hipótesis o construir interpretaciones, siempre presentadas como tales” (Montero, 2004, p. 22) – o verdades a corto plazo que habrán de deshacerse para dar paso a nuevas formulaciones temporales.

⁷ Por ejemplo, debido a las características de la época moderna actual, se ha fortalecido una tendencia al dominio social que define y controla experiencias cotidianas, como son las emociones, a través de distintos procedimientos como el de la medicalización y a su vez, constructos en la dinámica social moderna legitiman determinada visión de tales emociones.

distinción entre el sujeto productor de conocimiento y el objeto de conocimiento; por consiguiente, el paradigma de objetividad queda totalmente fuera de lugar.

De este modo, resulta valioso retomar lo que Gergen (citado en Ibáñez, 1994) llamó *efecto de ilustración* el cual implica que lo que se sabe, entre la dimensión simbólica de la realidad social y la dimensión agencial del ser social, influye sobre la percepción que se construye de la realidad y esto mismo repercute en las acciones – no obstante, “no son sólo las percepciones que se ven afectadas por los conocimientos producidos, sino la propia naturaleza de esa realidad social”⁸ (p. 222).

Este argumento reconoce la agencialidad humana, también característica de los supuestos epistemológicos socioconstruccionistas, al reafirmar la naturaleza propositiva del ser humano mediante el planteamiento de que ninguna circunstancia es suficiente para producir en él un efecto y revestirlo con el atributo de agencialidad – esto le confiere la determinación de sus propias conductas que le había sido arrebatada por algunas corrientes psicológicas y lo exime como objeto susceptible al estudio de estas y otras aproximaciones de la ciencia moderna.

Ibáñez (1993) enfatiza sobre el compromiso político ante el cual el científico social ha de asumir una postura agentiva (haciendo referencia al rol activo de una persona, atravesado por las significaciones de su comunidad [Bruner, 1990]) al utilizar la producción de su conocimiento en pro de un cambio social que combata las injusticias y opresiones, mediante la producción de conocimiento fiable sobre las regulaciones microsociales, la reterritorialización del ámbito local, la toma de espacios donde las actuaciones sociales tengan “efectos tangibles” (p. 27) o restaurando el interés de los ciudadanos en la gestión política, a diferencia de aquellos que participan como cómplices del mantenimiento de este tipo de dinámicas al pretender que sus conocimientos son neutros y están sujetos al uso que de ellos se haga.

Otro de los puntos gracias al cual se logra problematizar la realidad social dentro de la disciplina psicológica es aquel que Ibáñez (1994) califica como “irreversible” (p. 226), esencial para la

⁸ Este punto se refiere a la repercusión del estudio de la sociedad en el individuo y la importancia de la acción individual en la realidad social, por ejemplo, un estudio de la relación entre el uso de las emociones y los procesos de normalización como la medicalización visibilizan el atrapamiento de uno mismo en las estructuras que fomentan esta dinámica, así como destacará la forma en la que uno contribuye a su mantenimiento.

comprensión de los fundamentos socioconstruccionistas es el reconocimiento de la naturaleza simbólica de la realidad social.

Cualquier cosa por sí misma no demanda una forma específica para hablar de ella, sino que es mediante el uso de un lenguaje específico que se delimita lo que esta *es* – dicho vocablo o las características que se le adjudican a dado objeto no son inherentes a esta.

Esto se remite a que existe un compendio de significaciones creadas a partir del lenguaje, que permiten al ser humano describir los objetos en su entorno, no por sus características dadas sino por propiedades que se construyen “a través de la comunicación y se sitúan en la esfera de los signos” (Ibáñez, 1994, p. 227), que tienen un sentido en un lugar y tiempo específicos⁹.

Esta última cuestión apunta a la duda metódica que exige este punto de vista construccionista, con el propósito de romper con la tendencia a naturalizar las “convenciones lingüísticas” (Ibáñez, 1994, p. 234) y las construcciones culturales para recalcar el papel que estas desempeñan al generar evidencias que se imponen “con la fuerza de las cosas mismas”, al notar cómo los procesos discursivos pueden tener ciertas implicaciones de orden político.

Específicamente en el campo de la psicología, esto implicó que la explicación del comportamiento humano cambiara la ubicación de su origen del interior de la mente al exterior, colocándolo en los procesos de interacción social; de la misma manera, invitó a cesar el fundamentar el lenguaje en los procesos psicológicos y brindarle atención al uso *performativo* de este en las relaciones humanas (Gergen, 1985) entendido como aquel que brinda ciertas posibilidades de acción.

Gergen (2005) reconoce que para participar en los “juegos del lenguaje”, hay que ponerse de acuerdo primeramente en que “existe un «mundo mental» por un lado y un «mundo material» por el otro y que el primero puede reflejar el segundo” sin embargo, esto implica sólo una

⁹ Por ejemplo, las emociones han sido relacionadas a ciertos rasgos identificables, así como las situaciones que las propician, el lugar y la manera en que se expresan, cómo se reacciona ante ellas, etc. debido a un adiestramiento social fundamentado en el lenguaje, lo cual puede compartirse en una región o cultura en específico, pero cambiar significativamente en una diferente o en la misma, pero en distinto tiempo y formar parte de la dinámica social de ese lugar.

interpretación de lo que se concibe, por lo que se mantiene la “eterna cuestión de saber si el espíritu, la mente conoce verdaderamente el mundo exterior” (p. 51).

Las construcciones que se hagan en torno a cualquier cosa necesariamente le asignan un valor, algo por lo que es o no es útil desde determinado enfoque, por lo que no existe tal como un *valor neutral* de las cosas, por lo que siempre habrá un *valor asignado* al tratar cualquier cosa.

Del mismo modo, aquello a lo que se le asigna un valor – como el dinero, la educación, la concientización, la salud, etc. – son intereses que también se construyen, como se mencionó anteriormente, en un “trasfondo relacional” que contribuye a la consolidación y reproducción de ciertas formas de vida (YouTube, 2014).

Frager y Fadiman (2010) aciertan al focalizar dentro de los principales méritos de este marco referencial su función como recordatorio a los teóricos en torno a la postura escéptica que han de mantener ante las verdades estandarizadas y corrientes tradicionales y la puntualización de que “el conocimiento nunca es inocente” en el sentido de que “siempre está cargado de valor y depende de determinadas condiciones sociopolíticas cuya legitimación favorece” (p. 160). Los cuestionamientos que fundamentaron lo previo fueron de tipo epistemológicos – haciendo referencia a la asunción acrítica de los postulados positivistas – y políticos – que destacaban la nula implicación social de la psicología (Ibáñez, 2003).

La psicología social crítica concibe los hechos como un panorama complejo, esto es, constituidos de múltiples facetas, lo cual se refleja en su implicación en el cambio de paradigmas y circunstancias a las que se adscribe y el análisis de las perspectivas que son aceptadas como explicaciones últimas, reconociendo las formas en las cuales el poder es ejercido a través de ellas, además de sostener una crítica de sí misma, dado que ninguna postura es considerada como neutra (Montero, 2004).

La descentralización del “estatus científico de la psicología” en el estudio psicosocial tiene como objetivo responder a las necesidades, trascender los problemas de carencias y desigualdades del ambiente en el que se desarrollan, por ejemplo, ignorancia, sumisión y pobreza mediante la concientización y recuperación del “potencial de recursos” de la población que por sus mismas condiciones históricas, culturales y sociales pueden ser invisibles para sí (Montero, 2004, pp. 23, 24) provocando un impacto en la transformación a favor de la emancipación y el cambio social y

la cualidad recíproca de esta, además de conllevar una comprensión política de la interacción social (Íñiguez-Rueda, 2003).

Con el paso de los años, el construccionismo social derivó rápidamente en uno de los enfoques más elaborados que resultaron de la crisis, se afianzó como una de las orientaciones principales de la psicología social y para principios de este siglo, ya existía suficiente material para realizar evaluaciones y balances de sus efectos, así como una puntualización de las debilidades que presentaría.

Ibáñez (2003) hace una puntualización muy específica de los resultados que se han conseguido, entre los cuales están: la crítica que ha impulsado respecto a procesos autolegitimados, la concientización sobre la dimensión política de esta área, el incremento de la red de publicaciones y otros espacios de legitimación de la psicología social al defender la libertad en torno a la producción de conocimiento – que a su vez ha permitido se efectúen valiosos aportes en investigaciones psicosociales – y el enriquecimiento a través del trabajo transdisciplinario¹⁰.

Para la psicología, estos han sido logros significativos dado que no sólo se pone la luz sobre procesos que no se habían abordado anteriormente, a partir de los cuales se generan más y más temas a debatir, sino que suscitan la reflexión sobre la labor a la que uno como ‘profesional de la salud’ se adscribe si reproduce el tipo de conocimiento psicológico no crítico que patologiza el comportamiento, que a su vez colabora al mantenimiento de relaciones de poder.

Aspectos característicos y considerados como sus mayores fortalezas: la apertura, flexibilidad y rapidez de su consolidación, que permitieron la legitimación de espacios para la psicología social también se han contemplado como sus principales debilidades al admitir casi cualquier propuesta, de las cuales pueden incluso surgir contradicciones. Asimismo, lo veloz de su consolidación ha obstaculizado el mantenimiento de una postura crítica debido a que, en muchos casos, su

¹⁰ Gergen (1985) precisó la relevancia de establecer diálogo entre psicólogos y teóricos de disciplinas como sociología, antropología, historia, filosofía y estudios literarios dado que ello posibilitaría el desarrollo de nuevas teorías y concepciones de la ciencia y la renovación de recursos intelectuales; no obstante, también puntualizó el reto al que se enfrentaba tal dislocación conceptual, para la cual no muchos estarían preparados al no poder justificarse más presentándose como ‘víctima de las circunstancias’ sino confrontar las implicaciones pragmáticas de tales conclusiones dentro de la sociedad en general.

aceptación ha carecido de este elemento clave, a pesar de que le ha servido para vislumbrar algunas de sus limitaciones, dentro de las cuales se consideran el énfasis en los efectos del lenguaje que dejan fuera otros objetos que utilizan medios no lingüísticos, invisibilizándolos, al igual que su resistencia a considerar las consecuencias políticas de sus proposiciones teóricas y prácticas (Ibáñez, 2003).

Es por ello que resulta apremiante que las temáticas afrontadas desde este enfoque impliquen una afectación realmente relevante para la sociedad contemporánea puesto que son estos cuestionamientos los que tienen la facultad de paulatinamente transformar las relaciones que en la actualidad mantienen a un grupo aletargado y a otro que se aprovecha de esta condición para explotarlo hasta sus últimos recursos.

Son precisamente estos fundamentos por los que esta aproximación surge como la más conveniente para abordar el tema de este trabajo, dado que visibiliza la aceptación de la línea argumentativa de la medicalización y las emociones, ratificado por cierto tipo de conocimiento que a su vez refuerza determinada representación del entorno construida desde el lenguaje y, por ende, define los tipos de relaciones que se establecen.

Entendiendo que el conocimiento es “la expresión de la estructura social y de los significados sociales que una comunidad enuncia y acepta como tal” (López-Silva, 2013, p. 14), el conocimiento médico que legitima la medicalización es una expresión de los procesos de control bajo los cuales se puede comprender una mayor cantidad de personas susceptibles a tratamiento médico aun sin tener un padecimiento de tal origen.

Sin embargo, hoy en día es común que a las personas sean referidas, incluso por sus pares, con algún especialista que las diagnostique y sean concebidas como enfermas cuando anteriormente estas cualidades no se percibían como problemas, mucho menos sujetos a intervención médica; es por ello que se remarca el rol que juega el saber compartido por una comunidad en la mantención y reproducción de la realidad (Sandoval, 2010).

Actualmente parece haber un incremento constante respecto a la cantidad de personas que son ubicados bajo el diagnóstico de determinado trastorno; podría pensarse que se trata de un problema que recientemente ha brotado. no obstante, si se toma en cuenta que tanto ahora existen las condiciones sociales para que tales padecimientos tomen lugar o que exista la noción de buscar el

bienestar humano, tendría que cuestionarse a qué propósito corresponde que hoy su medicación sea legitimada.

Sandoval (2010) afirma que, al ser las sociedades humanas históricamente cambiantes, también deben serlo los significados atribuidos a la realidad que afecta las acciones; por ello se entiende que la problemática entre la medicalización y las emociones no ha de concebirse necesariamente como lo ha sido hasta ahora o como lo es actualmente, pues son las prácticas y las representaciones que tenemos de la realidad social elementos constitutivos de esta misma. Al modificarse las prácticas y las representaciones, el propio fenómeno se altera.

Es por ello que resulta necesario ubicar espacio y temporalmente los supuestos y características de la sociedad moderna actual que propician el manejo de las emociones y su medicalización como estrategia biopolítica.

II. CONFIGURACIÓN DE LA ÉPOCA ACTUAL Y SU SOCIEDAD DE RENDIMIENTO

Actualmente, la idea dominante que se tiene de la historia de la humanidad es que está comprendida por distintas etapas, las cuales se distinguen por acontecimientos significativos que corresponden a un tiempo y lugares específicos, aunque se asuma que tienen impacto más allá de ese tiempo y lugar en el que acontecen. Varios autores han coincidido en distinguir una ruptura entre lo que en su momento se definió como modernidad y las condiciones características del tiempo actual, sin embargo, algunos coinciden en que esta escisión no es terminante, puesto que se contemplan como las consecuencias o una segunda parte del panorama que implantó la época moderna, refiriéndola como modernidad tardía o líquida (Bauman, 1999), desmodernización (Touraine 1997) o modernidad reflexiva (Giddens, 1991), entre otras.

De acuerdo con el planteamiento de Touraine (2000), originalmente la modernidad estaba caracterizada, entre otros rasgos, por el papel paternalista que el Estado ejercía respecto a los ámbitos políticos y económicos de la vida social; la organización racional definía los ámbitos individual y colectivo a través de instituciones como la escuela, familia, etc. Cada individuo se asumía amo de sí mismo al someterse a las leyes que definían los límites de la dinámica social, al reconocer los derechos que le conferían el privilegio de una vida privada y al saberse responsable de cumplir con los deberes que le correspondían, los cuales velaban por intereses tanto propios como colectivos. De manera análoga al cuerpo humano, estas relaciones mantenían “el cuerpo social con buena salud por el funcionamiento normal de sus órganos” (Touraine 2000, p. 29) y así contribuían a la estabilidad de la sociedad y su gobierno.

Esto propició que cualidades como el compromiso, la responsabilidad, el trabajo y la pertenencia nacional, caracterizaran las relaciones laborales, amorosas, profesionales, por ejemplo, en las cuales las personas podían encontrar seguridad y estabilidad al mantenerlas a largo plazo, e incluso *de por vida*, lo que a su vez les confería de un valor y una identidad. Por ejemplo, las compañías premiaban el desempeño de sus trabajadores con la renovación de contratos que implicaban mayores beneficios conforme incrementaban su antigüedad, por lo que ser productivo se percibía como una cualidad necesaria para tener mayores probabilidades a un mejor estilo de vida y un apego con la compañía, un compromiso de largo plazo, al tiempo que se cumplía un compromiso

nacional; los trabajadores se sindicalizaban para mantener una estabilidad laboral y preservar sus condiciones de trabajo y, acaso, mejorarlas. La familia, el matrimonio, la residencia se envolvían de una necesaria estabilidad y duración. Pero esto no se mantuvo así.

A partir de la Segunda Guerra Mundial, la economía ha adoptado un papel muy importante y distinto, al punto de que cualquier gobernante se preocupa por contar con estrategias para su crecimiento y las políticas del mercado se han vuelto transnacionales, es decir, su implementación se ha extendido a través de varios países y ha trascendido las regulaciones políticas y económicas propias de cada estado-nación; la mayor parte del mundo se ha subyugado a sus demandas, contribuyendo a la anulación de las instituciones y formación de particularidades distintas a las de cualquier otro orden: se ha conformado una economía con imperativos globales. Al respecto, Touraine (2000) plantea que en la época moderna la sociedad estaba cohesionada gracias a la incidencia de esta misma en la conformación del individuo,

...la personalidad se formaba a través de una reflexión sobre los roles sociales asumidos, por lo tanto, a partir de la mirada de los otros puesta sobre el individuo en el ejercicio de esos roles y esta formación sólo era posible porque todos ellos remitían a formas de autoridad, normas y valores comunes. (p. 47).

Se tenía una ciudadanía, profesión y nivel de vida que definían lo que cada quien recibía en función de su productividad. No obstante, al privar la globalización a la sociedad de su papel de “creadora de normas” (Touraine 2000, p. 40), se marcó una ruptura entre sistema y actor a través de dos aspectos principales y complementarios – la desinstitucionalización y la desocialización – que dio paso a un nuevo orden que el autor refiere como *desmodernización*, definida como “la ruptura de vínculos entre la libertad personal y la eficacia colectiva” (Touraine, 2000, p. 33), vínculos que le eran propios a la modernidad. Así, la desmodernización impacta en la condición existencial de individuos y poblaciones.

Por otro lado, desde la perspectiva de Bauman, las características de la época actual revelan que no se vive una ruptura sino una segunda parte de la modernidad – modernidad líquida – dado que

las condiciones son las mismas pero experimentadas en mayor potencia, por lo que pueden ser descritas a partir de la metáfora de la liquidez¹¹.

En *Modernidad líquida* (2000), Bauman explica detalladamente que, así como este elemento que difícilmente mantiene la misma forma con el paso del tiempo, la sociedad contemporánea se caracteriza por una fluidez que imposibilita su arraigo a cualquier cosa y para quien también el tiempo ejerce una demanda constante de cambio. Tal analogía permite comprender tanto a la persona como las condiciones en las que esta se desenvuelve; ni una ni las otras pueden mantener su forma durante mucho tiempo, por ende, las posibilidades de las primeras de ejercer un cambio sobre las segundas son prácticamente nulas debido a que estas son obsoletas para el momento en que los individuos apenas puedan conocerlas, manteniendo la incertidumbre de acontecimientos aparentemente sin precedentes (Bauman, 2006).

En este sentido, las exigencias del mercado han impuesto la valoración de un estilo de vida marcado por el cambio constante en todos los ámbitos de la vida humana: en el marco de las relaciones de pareja, la idea de tener una relación íntima estable, a largo plazo, con una misma persona escasea cada vez más y tiene connotación de monotonía, aburrimiento y la posibilidad de estarse perdiendo de algo mejor o distinto; en el ámbito laboral, ya no se aspira a tener un empleo donde crecer profesionalmente y crear antigüedad, puesto que hoy en día existen muchas más personas aparentemente capacitadas que representan una mayor cantidad de recurso humano: lo más importante es contratar a quien esté dispuesto a hacer lo que se le pida sin cuestionar sus condiciones laborales ni lo ético de su trabajo. Ahora, en vez de esperar que la calidad de su labor sea relevante y reconocida, lo máximo a lo que aspiran los trabajadores son días libres y de quincena; sin embargo, esta no es la verdadera recompensa sino lo que pueden adquirir con el salario que reciben. A esto refiere Touraine cuando afirma que “la sociedad de producción comenzó a transformarse en la sociedad de consumo” (Touraine 2000, p. 32).

¹¹ Al tiempo que el Manifiesto Comunista fue elaborado – 1848 – sus autores utilizaron la frase “derretir los sólidos” como acción imperativa para deshacerse de tradiciones, obligaciones y estructuras desintegradas que de cierta forma contribuían al estancamiento de la sociedad y en su lugar, proponían la construcción de nuevos sólidos que condujeran a un nuevo y más estable modo de vida. Dicha ‘licuefacción’ definitivamente implicó la destrucción de antiguos moldes que, sin embargo, significaron la construcción de nuevos cuyos objetivos no distaban de los anteriores (Bauman, 2000, p. 9).

En la sociedad del consumo, o sociedad de la mercancía, “la actividad productiva y los productos no sirven para satisfacer necesidades, sino para alimentar el ciclo incesante del trabajo que valoriza el capital y del capital que emplea el trabajo” (Jappe, Kurz y Ortlieb, 2009, p. 25). En tiempos de guerra, por ejemplo, la estabilidad de los países dependía de la producción masiva, del trabajo de individuos que creaban productos indispensables para la vida cotidiana, así como de armas con las cuales se protegían y atacaban; no obstante, esa dinámica se mantuvo e incrementó al punto que actualmente no es urgente la obtención de ciertos productos sino su circulación, es decir, su compra y venta.

Esta rampante mercantilización, rápidamente denominó todo lo animado e inanimado que conforma al mundo como objeto de consumo y, como tal, su “utilidad, valor, atracción y poder seductivo” están en función de su novedad, la cual velozmente comienza a diluirse desde el primer momento de uso, para dar lugar a nuevos productos que continúan por el mismo ciclo de manera sucesiva y devoradora, abriendo paso al *terror de la caducidad* (Bauman 2006, p. 18). Distintos aspectos de la experiencia humana también quedan atravesados por el consumo y el acceso a este; cuestiones como la identidad ahora se definen por lo que se tiene y lo que se aparenta con ello, abriendo paso a lo que Debord (1995) nombró *la sociedad del espectáculo*.

Actualmente, las representaciones de las experiencias tienen un mayor valor que estas mismas – ante las cuales cada vez sabemos menos cómo presentarnos y ser partícipes – por lo que se conciben como realidad para un espectador pasivo de la política, en producción y consumo, en aceptación de cosas existentes, sin cuestionamiento (Debord, 1995) – y tienen la capacidad de mediar el tipo de relaciones que se establecen y con qué personas, basándose en la apariencia, de forma que experiencias como la elección de pareja ahora se realizan de manera análoga a como se elige un producto (juzgando a partir de cualidades consideradas deseables) y se desecha de igual manera dado que aquello que genera ganancias es la “desenfrenada velocidad de circulación, reciclado, envejecimiento, descarte y reemplazo, no la durabilidad ni la duradera confiabilidad del producto” (Bauman 2000, p. 19).

La imagen construida por productos es el movimiento autónomo de la mercancía, producto acumulado de una actividad económica que escapa al control de aquellos que la han creado y se continúa reproduciendo a tal velocidad que, ahora, la circulación constante de mercancía hace

necesario que las personas acepten los cambios rápidos y sepan cómo deshacerse de cosas antes que mantenerlas, lo cual no sólo aplica a los bienes materiales (Jappe, Kurz y Ortlieb, 2009):

La acción continua de los mass media y la eliminación simultánea de la realidad y de la imaginación en favor de una chata reproducción de lo existente, la 'flexibilidad' permanentemente impuesta a los individuos y la desaparición de los tradicionales horizontes de sentido, la devaluación conjunta de lo que constituía una vez la madurez de las personas y de lo que era el encanto de la niñez, reemplazados por una eterna adolescencia embrutecida, todo eso ha producido una verdadera regresión humana de grandes dimensiones, que puede calificarse de barbarie cotidiana. (p. 16).

El cambio de paradigma político-social que generó la globalización económica, propició el surgimiento de cierto tipo de individualidades, respecto a lo cual Bauman (2006) afirma que, a pesar de que en un principio la idea de una sociedad de *individuos* pretendía aludir a la *indivisibilidad* de una comunidad, tal acepción cambió con el objetivo de enfatizar la autonomía de cada persona y actualmente el individuo se encuentra asediado por el ejercicio de su individualidad que se impone como una obligación por el simple hecho de que se tiene la capacidad para ello. *Ser* se define por la dieta que se lleva, los programas que se ven, la música que se escucha, la ropa que se porta, las actividades que se realizan... y está en constante devenir puesto que jamás se concibe como una tarea concretada.¹²

Los dilemas e incertidumbres “agravados por el miedo a la soledad y el terror a la incapacitación, acompañados de estrategias y herramientas para su resolución respaldadas y recomendadas”, intencionalmente se ponen al servicio de un mercado de consumo de masas cuya tarea es la creación de necesidades que son satisfechas por quienes se esfuerzan en “construir, preservar y renovar su individualidad” (Bauman, 2006, p. 37); para alguien que invierte en su persona – un *empresario de sí mismo*, como lo refirió Foucault (2004) – siempre habrá algo más que comprar, pagar, deber, para reafirmar lo que se es, al tiempo que, quien no se adscribe a esta búsqueda

¹² Beraian (1996) menciona que la modernidad es una “marcha obsesiva hacia adelante”, no por perseverante sino por inconclusa – nunca llega a ningún lado, y aunque llegara a hacerlo, las condiciones habrían cambiado para entonces; “sus retos son encarnizados y sus ambiciones frustradas” (p. 85). La mira siempre está enfocada hacia el futuro puesto que el presente siempre es deficiente al no ser ‘lo que debería ser’ – “repugnante, detestable, inaguantable”, el presente siempre está obsoleto y lo está antes de que llegue a existir” (p. 86).

constante, porque no quiera o por falta de recursos – trabajo, actividad, rumbo o estabilidad –, se califica como mediocre, cobarde o *enfermo*.

Esto hace que las ideas de trascendencia o aspirar a otras vidas – como la salvación, la reencarnación, etc. – pierdan sentido puesto que ya no es necesario morir para anhelar un nuevo comienzo, lo cual puede ser reconfortante, pero al mismo tiempo ejerce una demanda continua de vivir cuántas vidas sea posible y de llevar a cabo actividades de “reacondicionamiento, renovación, reciclaje y reconstrucción imparable, compulsiva y obsesiva de la identidad” a una velocidad que permite “consumir toda la eternidad dentro del presente continuo de la vida terrenal” (Bauman, 2006, p. 17). De esta manera, “entre la rápida sucesión de los símbolos de identidad más comúnmente empleados y la inestabilidad endémica de las opciones recomendadas, la búsqueda de individualidad constituye una lucha vitalicia” (Bauman, 2006, p. 36), la cual se alimenta de la ilusión de libertad, así como de la necesidad de seguridad. La ironía de lo anterior radica en que, en una sociedad de individuos, estos son “cualquier cosa menos individuales, distintos o únicos” y lo único que parecen hacer es “correr con todas las fuerzas para mantenerse en el mismo lugar, pero alejado del cubo de basura” (Bauman 2006, p. 28).

Beriain (1996) argumenta que actualmente se vive una inestabilidad generalizada en la que se mantiene a los individuos sobreviviendo en un camino previamente marcado, sobre el cual supuestamente se toma acción. En teoría, esto abre las posibilidades del futuro a lo indeterminado, mas no implica que la idea del destino se erradique, sino que a partir de entonces se convierte en una producción social.

Ello no supone que todos los individuos vivan de igual manera dicha búsqueda continua e interminable de individualidad; el efecto moderno de segmentación exige que se cumplan con determinados requisitos que distingan a aquellos potenciales participantes de aquellos que no cuentan con los medios para competir en el juego. Este nuevo orden, pretende mantener las diferencias entre los distintos niveles de la jerarquía social, al punto de que las formas de lidiar con el problema de identidad varían de acuerdo con estos:

...en la cumbre, se elige el mejor modelo de los muchos que se ofrecen, se ensamblan las piezas y se fijan, mientras en el fondo, se aferran rápidamente a la única identidad disponible y mantienen unidos sus pedazos, reparando una y otra vez paredes que no dejan de desmoronarse. (Bauman, 2006, p. 16).

Tal unificación de la experiencia de vida, revela que existen procesos de gubernamentalidad; Bauman (2000) enuncia que el hecho que quienes ostentan el poder rechacen lo durable y celebren lo efímero, aprovechándose de la “fragilidad, vulnerabilidad, transitoriedad y precariedad de vínculos y redes humanas” (p. 20), a comparación de aquellos en situaciones de necesidad extrema “luchan desesperadamente por lograr que sus frágiles, vulnerables y efímeras posesiones duren más y les brinden servicios duraderos” (p. 19), no es cuestión azarosa. Esta dinámica advierte que la existencia está dirigida y administrada, a través del “diseño, manipulación, dirección, ingeniería” (Beriain, 1996, p. 81) de la realidad, – característicos de la época moderna –, haciendo algunos sucesos más verosímiles que otros y eliminando acontecimientos que no obedecen a principios dictados por la razón, la lógica o las leyes imperantes.

Beriain (1996) explica que el control ejercido a través del discurso racional demandó que existiera una forma de fragmentar la realidad – al igual que funciona el lenguaje –, que permitiera dotarla de estructura a través de actos de inclusión y exclusión, cada uno de los cuales designa y divide al mundo. Esto contribuyó a que se consolidara un sistema de “dicotomías cruciales para la práctica y la visión del orden social (donde) el poder diferenciador se oculta como norma tras uno de los miembros de la oposición”; es decir, en una dualidad de conceptos contrarios, uno de los elementos es caracterizado por su aceptabilidad, a comparación de su contraparte, la cual es “degradada, suprimida, exiliada” del primero y su creación, concebida como lo anormal (Beriain 1996, p. 91):

...la desviación es el otro de la ley a cumplir, la enfermedad el otro de la salud, la barbarie el otro de la civilización, el animal el otro del hombre, el enemigo el otro del amigo, «ellos» el otro de «nosotros», la locura el otro de la razón, el extranjero el otro del compatriota, el público sin especialización alguna el otro del experto. (Beriain, 1996, p. 92).

Dicotomías que en efecto son caras de la misma moneda. Sin embargo, no dependen una de la otra de igual manera. El elemento *normal* depende del *anormal* para su autoafirmación, pero este último depende del primero para su aislamiento forzoso; es decir, aquellos que quedan excluidos en el extremo distante de esta forma definida de vivir en sociedad, como lo son los criminales, discapacitados, indigentes e incluso la población de adultos mayores, entre otros, son considerados “la escoria, el residuo y los marginados del progreso económico y del libre comercio global” (Bauman, 2006, p. 35) lo cual los deja en una forma particular de vulnerabilidad al igual que

forman parte de una realidad que no se busca erradicar puesto que sirve de referente para ejemplificar lo que no es aceptable¹³.

En la época moderna, las entidades que se encargaban de ejercer el gobierno eran fácilmente distinguibles: sin duda el Estado; sin embargo, en la actualidad, a diferencia de la mayoría sedentaria, la elite que gobierna se caracteriza por ser nómada y extraterritorial, es decir, no se ubica en un mismo lugar y tiende a ser escurridiza, lo cual conllevó a que eventualmente no se requiriera más que la participación del individuo como tal, dado que él mismo ejerce la vigilancia y control que sostienen este ciclo. Esto provocó que el vínculo social no sólo se volviera menos indispensable, sino también perdiera progresivamente su sentido y poder. La vida propia demanda tanta atención que los cambios o soluciones que puedan formularse individualmente difícilmente llegan a concretarse o alcanzan un nivel significativo, por lo que mucho menos se reflexiona sobre el aspecto político de las acciones cotidianas ni se conciben proyectos que puedan construirse y aplicarse a nivel colectivo (Bauman, 2000).

En la misma obra, este autor sostiene que, para quienes ostentan el poder, tal “desintegración de la trama social y desmoronamiento de las agencias de acción colectiva” no resulta inconveniente en lo absoluto; la dispersión social y la falta de reflexión, cuestionamiento e involucramiento permiten que el descompromiso y evasión por parte del poder se justifique en esta misma condición. Es por ello que “cualquier trama densa de nexos sociales y particularmente una red estrecha con base territorial implica un obstáculo que debe ser eliminado” (Bauman, 2000, p.19).

No obstante, Ulrich Beck (Berlain, 1996) afirma que el empeño por elaborar y controlar basándose en una racionalización que avanzaba sin dirección, desencadenó en la aparición de la ambigüedad que llevó al cuestionamiento sobre el quehacer individual y colectivo. El autor afirma que, cada vez se vislumbran más efectos colaterales imperceptibles de estas prácticas que demuestran mediante riesgos aquello que no debe hacerse, pero no provee alternativas sobre lo que

¹³ Este punto es relevante dado que es mediante tal distinción que se fomenta y refuerza la conformación de instituciones de salud, educación, bienestar común y justicia, por mencionar algunos, puesto que implican el cumplimiento de ciertos criterios para su admisión al “suponer la negativa a derechos y fundamentos que no pueden ser asimilados” (Berlain, 1996, p. 83), legitimando la exclusión del otro.

efectivamente hay que hacer, abriendo paso a su planteamiento sobre la *sociedad de riesgo*¹⁴ (Beriain, 1996).

Beck identifica dos etapas en las que esta sociedad se constituye: la primera, donde se legitima y potencia la producción de peligros en nombre del progreso, dependientes de la sociedad industrial, entendidos como efectos secundarios y justificando la dominación total del entorno; y la segunda, en la cual se contemplan y critican los peligros que se han vuelto reales y cotidianos, los cuales dominan debates y conflictos públicos, políticos y privados.

Como consecuencia de la producción de riesgos políticos, ecológicos e individuales, que escaparon gradualmente a las instituciones de control y protección de la sociedad industrial, Luhmann (Beriain, 1996) afirma que en la modernidad tardía “no hay ninguna conducta exenta de riesgo” (p. 149) puesto que la sociedad que se estructuró a partir de la producción, distribución y división de los peligros, generó efectos que “conllevan riesgo, contingencia y peligro para las existencias individuales y para la colectividad en cuanto tal” (p. 7); es decir, en contraste con la etapa inicial de la conformación de esta sociedad donde las consecuencias se divisaban – si acaso – a largo plazo, hoy en día se experimentan dichos efectos de manera inmediata y cotidiana¹⁵.

Como se mencionó anteriormente, la producción de peligros eventualmente provocó alteraciones en la experiencia de vida humana, incluyendo la emocionalidad, al reconocer la imprevisibilidad de sus acciones, de tal forma que en la actualidad – la segunda etapa de la sociedad de riesgo – se plantean cuestionamientos con base en la cohesión social en torno a temas que anteriormente no se ponían en tela de juicio porque había referentes de ellas, como es el caso de la maternidad, la masculinidad, la salud, la alimentación, entre muchos otros.

¹⁴ Beck señala tres ámbitos referenciales del cambio de sistema a lo que denomina la sociedad de riesgo: en primer lugar, la relación de la moderna sociedad industrial con los recursos de la naturaleza y la cultura; en segundo, la relación que se establece con los problemas y peligros creados por su “surgimiento y deterioro, descomposición y desencantamiento de magmas de sentido colectivo” y finalmente por determinados grupos pertenecientes a cultura de la sociedad industrial (Beriain, 1996, p. 204).

¹⁵ No sólo haciendo referencia a aquellos generados en el ambiente, sino también otro tipo de perjuicios, tales como la inestabilidad en empleos, ingresos, precios, lo saludable de los alimentos, enfermedades, accidentes, etc.

Beriain (1996) afirma que considerar peligros como la pobreza, las guerras, la energía nuclear, entre otras cuestiones, que repercuten sobre la comunidad general de seres vivos que habita en la tierra – ella misma, las plantas, los animales, así como los seres humanos – abren paso a validar sentimientos de angustia dentro de ciertos grupos sociales, de manera que se autentifica cierta solidaridad debido a que “todos estamos ‘en el mismo barco’ y el mar es el mismo para todos” (p. 25). Sin embargo, las tácticas de la modernidad tardía optan por “tematizar y fragmentar tales amenazas por los subsistemas funcionales de acuerdo a sus códigos binarios específicos: ‘verdadero versus falso’ en la ciencia, ‘gobierno versus oposición’ en la política, ‘posesión versus no posesión’ en la economía”, imposibilitando una representación integral de la sociedad que consienta el abordaje de las amenazas ecológicas y sociales como un asunto complejo, provocando que no se produzca suficiente resonancia sobre ellas y perdiendo de vista la esencia por la cual se realiza un cuestionamiento en primer lugar (Beriain, 1996, p. 28).

En este sentido, el autor afirma que la teoría de la sociedad del riesgo es una teoría del saber político propia de una modernidad que deviene autocrítica, la cual se versa sobre el hecho de que la sociedad “se considera, se critica y se reforma como sociedad del riesgo” (p. 222). Beck denomina *reflexividad* a tal “autoconfrontación de las consecuencias de la modernización con sus fundamentos” (en Beriain, 1996, p. 253), es decir, la crítica desde la raíz aquellos principios que permitieron la conformación de este orden que glorifica la funcionalidad y la racionalidad, que hoy resulta amenazante para la vida, desencadenando en la producción y legitimación de sus contrapartes: disfuncionalidad e irracionalidad. La modernización reflexiva pretende crear espacios de debate necesario para la generación de ideas y propuestas que buscan ofrecer rutas alternativas al orden establecido (Beriain, 1996).

Considerar una alternativa a esta dinámica es complicado ya que los mensajes de los “promotores de la conformidad están fuertemente respaldados” por la opinión dominante (Bauman, 2006, p. 24). Tan sólo en el campo de la educación – una de las instituciones a las cuales Bauman (2006) confía el redireccionamiento de la humanidad¹⁶ –, los centros académicos están llenos de dos clases

¹⁶ El autor argumenta que las “esperanzas y posibilidades de la humanidad” están inscritos difícilmente en otro lugar que dentro de “las suertes de libertad, de la democracia que la hace posible y de la educación que alimenta la insatisfacción con el nivel de libertad y democracia alcanzados” (pp. 24-25).

de personas: aquellas que se ocupan de mantenerse bajo los lineamientos preestablecidos, favoreciendo la reproducción de conocimiento y aquellos a quienes se les acusa de “falta de realismo, utopismo, confundir el deseo con la realidad, soñar despiertos e irresponsabilidad”, siendo ellos quienes tratan de expandir tanto “la noción de lo que es posible y de lo que es importante” (pp. 23-24), con el objeto de construir alternativas en favor de sí como para la sociedad.

No obstante, Beriain (1996) expresa que, aunque podría pensarse que un mayor interés por realizar investigaciones y crear conocimiento al respecto podrían conducir del riesgo a la seguridad, en el tiempo presente se sabe que estos no significan una verdadera esperanza dado que “cuanto más se sabe, más se sabe que no se sabe” (p. 16) y, por tanto, se refuerza la estructuración de una conciencia del riesgo. A pesar de esto, en un mundo dominado por el culto al crecimiento y a la generación de valor de cambio, hasta el punto de amenazar la vida, en una sociedad del espectáculo en que el pensamiento mayoritario está al servicio de la acumulación de mercancías y representaciones, se hace necesaria la exploración de ideas y propuestas con la intención de esbozar vías alternativas.

Beck afirma que cuando la incertidumbre se convierte en el “modo básico de experimentar la vida y la acción”, las condiciones son idóneas para favorecer la crítica social, incluso la crítica radical, que tiene el poder de tomar en cuenta nuevos alicientes y abrir y agudizar la mirada – la única alternativa que aparentemente consentiría un escape para ser diferente o auténtico, sería que no se buscara ser un individuo, lo cual es un supuesto atrevido si se aceptara enfrentar sus desastrosas consecuencias (Beriain, 1996, p. 219).

El proclamarse en contra de este orden resulta imperante al darse cuenta de que, incluso aunque se llegara a un punto en que se buscara que todos los habitantes del planeta tuvieran el estilo de vida que el extremo privilegiado de la población se permite llevar, esto no sería viable dado que, como menciona John Reader (Bauman, 2006) se necesitarían tres planetas para abastecer la demanda de recursos que esto supondría. Este hecho no sólo refleja que este sistema no está diseñado para el beneficio de todos, sino también permite divisar que “el actual discurso de la identidad se mueve inseguro en medio de todas estas contradicciones, ambigüedades y trampas ocultas” (Bauman, 2006, p. 53).

Caserola (2013) realiza una puntualización sobre la institución del amor y las prácticas que en su nombre se llevan a cabo; así como cualquier otro de los mecanismos reguladores y disciplinarios del poder formativo que producen un tipo de sujeto y un tipo de subjetividad, también la pareja tiene como finalidad fragmentar las comunidades para preponderar las actitudes individualistas dado que mantiene la idea del amor que “cree en lo propio y lo apropiado” (p. 13), contribuye a la dinámica mercantil anteriormente referida y sólo requiere al individuo como ejecutor que no se cuestiona sobre sus modos de vinculación ni el tipo de mundo que ponen en marcha.

Esto revela que el terreno de la emocionalidad – como todos los ámbitos de la vida – también está controlado a través de los distintos dispositivos con los que este orden cuenta. A pesar de que Bauman (2006) argumenta que los sentimientos, inherentemente subjetivos como son, escapan a cualquier forma de objetivación (incluido el lenguaje mediante el cual nunca son fielmente expresados) por lo que “parecen constituir un hábitat natural para todo lo verdaderamente privado e individual” (p. 29), en la sociedad actual, las emociones están seccionadas en experiencias específicas (tristeza, alegría, enojo, ansiedad, miedo, etc.) a las cuales corresponden determinadas actividades y remedios para combatirlas, producirlas o mantenerlas y, en caso de vivirlas en una intensidad considerada inconveniente, existen instancias cuyo objetivo es regularlas respecto a la normalidad.

Sin embargo, Han (2010) marca una ruptura entre esa sociedad disciplinaria que se distingue por una negatividad que marca la divergencia entre lo normal y lo anormal recluido a cárceles, psiquiátricos, etc., y la sociedad vigente, a la cual representa por “el verbo *poder sin límites*” (p. 26) – contrario a la anterior negatividad – que evidencia el deber ser al apartar lo que no debe ser. Tal poder ilimitado ocasiona manifestaciones patológicas de las llamadas enfermedades psíquicas; al eliminarse la otredad y la extrañeza que representaban las categorías inmunológicas, las enfermedades se modificaron de virales o bacteriales a neuronales, caracterizadas por un exceso de positividad: los locos y criminales pasaron a convertirse en fracasados y enfermos de depresión, fatiga crónica, hiperactividad, límite de personalidad, desgaste ocupacional, etc. El exceso de positividad es mucho más eficiente puesto que se refleja claramente en exigencias ante las cuales el sujeto se abandona, supuestamente ejerciendo una libertad que se advierte como obligatoria con el objeto de incrementar su rendimiento, lo cual sólo es posible cuando la persona está implicada en una “relación de autoexplotación consigo misma” (Han, 2010, p. 9).

En la sociedad del rendimiento, habilidades como la administración del tiempo y la atención que puede enfocarse en distintas tareas simultáneamente, son reconocidas como necesarias para vivir de manera efectiva, además de considerarse prueba del progreso que la humanidad como civilización ha logrado¹⁷. “Los proyectos, las iniciativas y la motivación” son los nuevos mandatos del rendimiento, reemplazando la prohibición y la ley, los cuales implican un exceso de responsabilidad e iniciativa, pero principalmente “conducen a un destructivo reproche de sí mismo y a la autoagresión” (Han, 2010, pp. 27, 31).

No obstante, tal ritmo de vida ha generado que, en contraparte de la vida activa, los sujetos se encuentren constantemente en un estado de agotamiento, a lo que Han (2010) nombra *la sociedad del cansancio*; el autor asocia la absolutización de la primera con la histeria y el nerviosismo particular de la sociedad moderna, así como el segundo comprende un cansancio tal que imposibilita totalmente la realización de cualquier acto en el tiempo libre. Es por ello que las acciones relacionadas con el descanso, como las vacaciones y el entretenimiento – que continúan bajo la lógica de consumo y espectáculo – se realizan no sólo con una postura pasiva sino ausente; el proceso creativo ya no tiene lugar puesto que “la pura agitación no genera nada nuevo, sino que reproduce y acelera lo ya existente” (p. 35).

Para las *no actividades*, como la contemplación o el aburrimiento, simplemente no se dedica un espacio; tanto la duda cartesiana que sustituye al asombro como la intolerancia a la apatía, impiden conciliar un estado de aburrimiento profundo al que muchos artistas y escritores le han atribuido relevancia en su proceso creativo. Y, sin embargo, esto es a lo que Debord, como miembro fundador de la Internacional Situacionista, apostaba para contrarrestar el espectáculo: a través de situaciones, “momentos deliberadamente contruidos con el propósito de obtener sensación auténtica y no destinados a consumir o producir objetos, imágenes o servicios” (Martín, 2016).

Cuando algo como las *no actividades* – una enfermedad, emoción, crisis, etc. – contribuyen a no sostener una actitud proactiva que favorece la progresiva positivización de la sociedad, no importa a qué haya que recurrir para reinsertarse en el juego. Las continuas demandas y las expectativas

¹⁷ Esta idea aplica a los animales no humanos quienes precisamente necesitan focalizar su concentración en varias cosas a la vez para su supervivencia, por lo que no se encuentra “capacitado para una inmersión contemplativa” (Han 2010, p. 34) a diferencia del ser humano, revelando que este tipo de actividad es más un retroceso que un avance como humanidad.

creadas respecto a la recompensa que el cumplimiento de las primeras traerá, da pie a que las personas busquen incesantemente alivios momentáneos externos a ellas mismas para mantener su funcionalidad y/o retribuirse a sí mismas por su esfuerzo – drogas, alimentos, tratamiento, ejercicio, accesorios, experiencias – que también están determinados por las diferencias anteriormente mencionadas y, por tanto, el acceso al consumo que estas precisan.

En la década de los 60s, durante el movimiento hippie, el consumo de drogas correspondía a la intención de ‘expandir la mente’ más allá de los límites del materialismo que todavía caracteriza a la sociedad actual para experimentar estados alterados de la realidad y lograr un estado elevado de conciencia; no obstante, hoy no sólo apelan a las cualidades valoradas en la actualidad – inteligencia, competencia, éxito, confianza, salud – sino también justifican el traspaso a los límites del cuerpo humano (Klayman, 2018).

El hecho de que en esta sociedad el consumo de ciertas drogas – principalmente las farmacéuticas – se vislumbre como una alternativa que hace posible ‘conectarse’ al sistema cuando el cuerpo ha claudicado, sin importar que “la vitalidad misma se reduzca a la mera función” o que se lleve a cabo un “rendimiento sin rendimiento” (Han, 2010, pp. 71, 72), no sólo demuestra la persistente vigilancia a la que estamos sometidos y nos sometemos por cumplir con ciertos objetivos, sino también señala que existe una tendencia hacia los efectos a corto plazo, los cuales obedecen a un tipo de emocionalidad propio de esta época que genera determinadas formas de vinculación consigo mismo y con las demás personas.

La desesperación e incertidumbre que la exigencia de la individualidad impone, favorece la presencia de servicios de salud a la orden del día para potenciar o regular los excesos o déficits de la emocionalidad que manifiestan las personas, a través de “ayudantes certificados y/o autoproclamados más que dispuestos a guiarnos en nuestro viaje a las oscuras mazmorras de nuestras almas” (Bauman, 2006, p. 30), desde psicólogos hasta *coaches* personales, médicos, nutriólogos, etc. quienes con sus muchas y diversas técnicas pretenden liberar el auténtico yo y encaminarlo a la luz.

Como afirma Heller (1980) “no hay sociedad que no trate de regular la intensidad de la expresión del sentimiento y, en el caso de ciertos tipos de sentimiento, incluso sus contenidos” (p. 17-18); en el caso específico de las emociones, las instituciones de salud juegan un papel cuya influencia sobre el gobierno de la vida es cada vez mayor, puesto que, como menciona Nietzsche “tras la

muerte de Dios, la salud se eleva a diosa” y ha de conservarse a toda costa (Han, 2010, p. 46). El modelo de vida actual no sólo hace enfermar de cierta forma y dicta las alternativas que se tienen para curar, sino que, bajo el mismo discurso médico, hoy se invade el espacio de la emoción al dictar qué sentir y cómo sentir de manera adecuada, impactando también lo que podría parecer lo más privado del ser humano que son sus relaciones consigo y otros.

Las condiciones actuales, caracterizadas por la preponderancia de la economía sobre cualquier otro de los ámbitos de la vida, han propiciado la conformación de un modelo global de individuo que constituye su identidad basado en las cosas y experiencias a las que tiene acceso. Para cumplir exitosamente con las demandas que esta dinámica exige, a las que constantemente las personas están sujetas, han de someter su existencia a muchas formas de control; dado el papel que las emociones juegan en el tipo de relaciones que se establecen cotidianamente, ellas están sujetas a procesos de gubernamentalidad que tienen implicación sobre los individuos y es por ello que resulta necesario establecer una relación entre el uso de las emociones y los mecanismos que las controlan, como la medicalización, para entenderla como una estrategia de control biopolítico.

III: MEDICALIZACIÓN DE LAS RELACIONES SOCIALES: BIOPOLÍTICA Y PSICOPOLÍTICA DE LAS EMOCIONES

El problema del gobierno, como refiere Foucault (2007) es una cuestión que se ha planteado desde el siglo XVI; varios materiales literarios desde entonces surgen como una propuesta contraria a *El príncipe* de Maquiavelo de 1532; estas colocan en el centro de sus obras cuestionamientos respecto de “cómo gobernarse, cómo ser gobernado, cómo gobernar a los demás, por quién se debe aceptar ser gobernado, qué hacer para ser el mejor gobernante posible” (p. 188).

Surgió la necesidad de introducir la economía, es decir, la manera de administrar como es debido a los individuos, los bienes, las riquezas, así como puede hacer un buen padre, que sabe hacer prosperar su fortuna y procurar las alianzas convenientes al interior de su familia (Foucault, 2007), por lo que las artes del gobierno consistían en un movimiento de continuidad ascendente – en el sentido de que quien quiera gobernar el Estado debe primero gobernarse a sí mismo y su familia – y descendente – es decir, cuando un Estado es bien gobernado, los padres saben gobernar a su familia y los individuos saben gobernarse a sí mismos –, con el objetivo de tener respecto de los habitantes, de las riquezas, de la conducta de todos y de cada uno, una forma de vigilancia, de control (Castro, 2007).

La familia se instauró como el modelo para ejercer un gobierno con determinada atención y meticulosidad; en las sociedades medievales y monárquicas, caracterizadas por el ejercicio del poder soberano como un poder de muerte que funcionaba bajo la premisa ‘hacer morir, dejar vivir’, se ponían en marcha mecanismos de sustracción o derecho de apropiación, que culminaban en la posibilidad de apoderarse de la vida para suprimirla (Fernández y Sierra, 2012).

No obstante, la definición de 1555 donde De la Perrière describe al gobierno como “una manera recta de disponer de las cosas para conducir las no a la forma del ‘bien común’ (...) sino a un ‘fin conveniente’ para cada una de las cosas que hay que gobernar” (p. 197) expone no sólo que, desde entonces, el gobierno tendría como objetivos la producción de riqueza, la provisión de recursos y la multiplicación de la población, entre otras cuestiones, sino también que aquellas cosas que hay que gobernar no son meramente un territorio sino quienes lo constituyen: las personas...

...en sus relaciones, sus vínculos, sus imbricaciones con ... las riquezas, los recursos, las provisiones, el territorio, (...) los usos, las costumbres, los hábitos, las maneras de hacer

o de pensar, y (...) los accidentes o las desgracias, como el hambre, las epidemias o la muerte. (Foucault, 2007, p. 198).

Es así que las personas en su conjunto – la población – aparecen como el fin último del gobierno para lograr el mantenimiento del Estado y de la producción a través del control y el conocimiento de las fuerzas vitales que la conforman (Fernández y Sierra 2012), por lo que resultó necesario establecer normas internas que regulen las vidas de los miembros que la integran, considerándola como un “*sujeto* integrado por individuos que han de comportarse como uno mismo, *un individuo espiritual y corpóreo a la vez*” (Nava y Alvarado, 2018, p. 5).

El privilegio del ‘fin conveniente’ sobre ‘el bien común’ creó una disociación entre soberanía y gobierno¹⁸ que puso en marcha otros mecanismos de poder, cuyo ejercicio sobre la vida tendría como tarea “incitar, reforzar, controlar, vigilar, aumentar, multiplicar y organizar las fuerzas corporales vitales antes que doblegarlas o suprimirlas” (Fernández y Sierra 2012, p. 67). Ya no se trataba de imponer una ley a los hombres sino de disponer las cosas, es decir, “de utilizar tácticas más que leyes, o, como mucho, de utilizar al máximo leyes como tácticas; hacer de modo que, por ciertos medios, tal o cual fin se pueda alcanzar” (Foucault, 2007, p. 201).

Para el desarrollo de tales tácticas, se requirió de un saber propio del gobierno que se ocupara de la homogeneización y potencialización del cuerpo social productivo y permitiera mejorar su salud, aumentar sus riquezas y su duración de la vida, entre otras cosas, que recibiría el nombre de “economía política” (Castro, 2007), la cual – a diferencia del pensamiento jurídico – no se desarrolló fuera de la razón de Estado para limitarlo sino que se formó en el mismo marco de los objetivos de la misma (Fernández y Sierra, 2012). Este saber:

reflexionó sobre las prácticas gubernamentales pero no desde el punto de vista del derecho, no se preguntó por su legitimidad o ilegitimidad, se preguntó por sus efectos; (...) descubrió ciertos fenómenos, mecanismos, regularidades del mercado que van a ser considerados como la naturalidad propia de la acción gubernamental (...) y si hay una

¹⁸ De manera que es necesario que no comprendamos en absoluto las cosas como la sustitución de una sociedad de soberanía por una sociedad de disciplina, y después la de una sociedad de disciplina por una sociedad, digamos, de gobierno. Se da, en efecto, un triángulo: soberanía-disciplina-gestión gubernamental cuya meta principales la población y cuyos mecanismos esenciales son los dispositivos de seguridad (Foucault, 2007).

naturaleza que es propia a la gubernamentalidad, a sus objetivos y operaciones, la práctica gubernamental por lo tanto debe ceñirse y atenerse a esta “economía política” en todo momento. (Fernández y Sierra, 2012, p. 76-77).

Hernández afirma que, con la economía política se ingresa a un gobierno que se autolimita “en función de los *mecanismos naturales* que los economistas encuentran y dicen a los gobiernos” y encuentra su lugar de *verdad* en el mercado, instituido por el liberalismo que establece una nueva racionalidad a partir del siglo XVIII (En Fernández y Sierra 2012, p. 77).

Este nuevo sistema político-económico de mayor libertad – el régimen liberal – permitió hacerse cargo más minuciosa y eficazmente de los individuos, de su bienestar, de su salud, su trabajo, su manera de ser y hasta su manera de morir; el nuevo arte de gobernar fue un administrador de las libertades en tanto que produjo “las condiciones (económicas) para que se pudiera ser libre (económicamente), pero con la salvedad de que también se establecieron limitaciones, coerciones, controles y obligaciones apoyadas en amenazas, peligros, etc.” (Fernández y Sierra, 2012, p. 78).

Desde la perspectiva de Foucault (Castro 2007), la noción de gobierno puede entenderse desde dos ejes: el gobierno como relación entre sujetos, entendida como el conducir la susceptibilidad de las acciones de los sujetos dentro de un campo de posibilidad, “incitar, inducir, desviar, facilitar o dificultar, extender o limitar, hacer más o menos probable, llevado al límite, obligar o impedir absolutamente”; así como el gobierno como “la relación que uno puede establecer consigo mismo en la medida en que, por ejemplo, se trata de dominar los placeres o los deseos” (p. 11). El autor se interesa particularmente sobre las relaciones entre el gobierno de sí y el gobierno de los otros, campo dentro del cual están incluidos: el cuidado de sí, las diferentes formas de la ascesis, el poder pastoral, las disciplinas, la biopolítica, la policía, la razón de Estado, el liberalismo.

En consonancia con los anteriores ejes de la noción de gobierno, el autor plantea ámbitos desde los cuales se puede entender la gubernamentalidad – término que utiliza Foucault para referirse al objeto de estudio de las maneras de gobernar.

Por «gubernamentalidad» entiendo el conjunto constituido por las instituciones, los procedimientos, análisis y reflexiones, los cálculos y las tácticas que permiten ejercer esta forma tan específica, tan compleja, de poder, que tiene como meta principal la población, como forma primordial de saber, la economía política, y como instrumento técnico esencial, los dispositivos de seguridad. En segundo lugar, por «gubernamentalidad»

entiendo la tendencia, la línea de fuerza que, en todo Occidente, no ha dejado de conducir, desde hace muchísimo tiempo, hacia la preeminencia de ese tipo de poder que se puede llamar el «gobierno» sobre todos los demás: soberanía, disciplina; lo que ha comportado, por una parte, el desarrollo de toda una serie de aparatos específicos de gobierno, y por otra, el desarrollo de toda una serie de saberes. Por último, creo que por «gubernamentalidad» habría que entender el proceso o, más bien, el resultado del proceso por el que el Estado de justicia de la Edad Media, convertido en los siglos XV y XVI en Estado administrativo, se vio poco a poco «gubernamentalizado». (Castro, 2007, p. 11).

A dicho “arte de gobernar a los hombres, sus conductas, sus acciones y reacciones como un ejercicio propio de la soberanía política” (p. 75) es a lo que Foucault se refirió como razón gubernamental. Esta noción, que cobra sentido dentro de los parámetros que establece el liberalismo, permite revelar la emergencia de un poder que administra enteramente y se ejerce sobre la vida en todas sus aristas y pormenores, denominada biopoder, como forma concreta de gubernamentalidad de las sociedades modernas, cuyos mecanismos se aplican...

...a la vida de los hombres en tanto especie, no tanto cuerpos individuales sino en tanto forman una masa global, afectada por procesos de conjunto que son propios de la vida, como el nacimiento, la muerte, la producción, la enfermedad, etc. (Fernández y Sierra, 2012, p. 67).

Hernández explica que el biopoder sólo cobra su cabal sentido cuando es puesto en relación directa con el capitalismo – “figura históricamente singular en la cual los procesos económicos y el marco institucional y las relaciones de poder se atraen, se apoyan y se modifican mutuamente entre sí” (en Fernández y Sierra, 2012, p. 87) – a la vez que dejan de lado la caracterización de los dispositivos disciplinarios y se aboca de lleno a los mecanismos de regularización (o dispositivos de seguridad, como también se les llamará) en su gestión administrativa de las poblaciones (Fernández y Sierra, 2012, p. 69).

Rodríguez explica que asegura el sometimiento y el incremento de la utilidad del cuerpo, y de la especie, al desarrollarse como “campos de fuerza que se integran en las actuaciones cotidianas de la sociedad, disciplinando el cuerpo a los requisitos del capital y permitiendo situar al individuo en aquel nodo donde sea más útil mediante el desarrollo de un conjunto de técnicas de individualización” (en Fernández y Sierra, 2012, p. 131), las cuales tienen como finalidad desarrollar, normalizar y regular comportamientos y disposiciones del individuo en la sociedad.

El cambio hacia la dinámica ‘hacer vivir, dejar morir’, opuesto al mandato soberano, legitimó la invasión del poder hacia la vida a través de las dos vertientes del biopoder. La primera, la anatomopolítica, que se centró en:

el cuerpo como máquina: su educación, el aumento de sus aptitudes, el arrancamiento de sus fuerzas, el crecimiento paralelo de su utilidad y su docilidad, su integración en sistemas de control eficaces y económicos, todo ello quedó asegurado por procedimientos de poder característicos de las disciplinas: anatomopolítica del cuerpo humano. (Foucault, 1977, p. 83).

La segunda vía, la biopolítica de la población, tiene como objetivo la regulación del cuerpo, mas no como individuo sino como especie:

...el cuerpo transido por la mecánica de lo viviente y que sirve de soporte a los procesos biológicos: la proliferación, los nacimientos y la mortalidad, el nivel de salud, la duración de la vida y la longevidad, con todas las condiciones que pueden hacerlos variar; todos esos problemas los toma a su cargo una serie de intervenciones y controles reguladores: una biopolítica de la población. (Foucault, 1977, p. 83).

Rodríguez afirma que estas tecnologías del poder disciplinario-regulador que emergen para regir el cuerpo económico y político de una sociedad, consolidan la estatización de lo biológico; el surgimiento de un mecanismo al servicio del poder que se ejerce sobre el hombre en cuanto ser viviente y que “regulariza una organización natural de la sociedad” (en Fernández y Sierra, 2012, p. 119), lo cual deriva, en el caso específico de la biopolítica, en estrategias que permiten intervenir en los procesos biológicos de los individuos, con la finalidad de lograr un rendimiento efectivo de la población, en tanto que se hacen coincidir las necesidades del capital, como factor de producción, con el incremento o disminución poblacional mediante un control intenso y descentrado de la población (Fernández y Sierra, 2012).

Nava y Alvarado (2018) argumentan que, en la biopolítica, la naturaleza y las leyes se utilizan para ofrecer distintos marcos de administración de la vida partiendo del supuesto de que la vida individual tiene un peso político y, por tanto, es función del Estado administrarla para así mantener un control u orden socio-político. Para ello es necesario que fenómenos como el de natalidad, mortandad, longevidad, entre otros, sean tratados como problemas y objetos del saber y control de

la biopolítica estableciendo múltiples conexiones con las cuestiones económicas; por ejemplo, la medicalización de la población tiene como objetivo impedir la reducción de la fuerza productiva.

En palabras de Hernández, “la dominación estrictamente económica, aquella que se da a través de la misma explotación capitalista, se encuentra actualmente fundida en una unidad indiscernible con la dominación política, esto es, se somete políticamente a la vida y a la población por fuera del proceso de trabajo para la consecución de objetivos propiamente económicos” (en Fernández y Sierra, 2012, p. 86). Es por ello que el concepto de biopolítica se ha vuelto esencial respecto al pensamiento crítico al hacer inteligible la dominación contemporánea (Fernández y Sierra, 2012).

Actualmente, la estrategia biopolítica cobra tintes específicos en el marco del neoliberalismo, el cual no es sólo un proyecto estrictamente económico sino todo “un proyecto de sociedad” con el que se entra a un régimen gubernamental biopolítico realmente para el mercado; el Estado gobierna sobre la vida de las personas exclusivamente en beneficio de la economía (Fernández y Sierra, 2012, p. 84).

Hernández explica que lo que persiguen las acciones dentro de esta lógica es en última instancia la producción y el aseguramiento de las “condiciones de posibilidad técnicas, jurídicas, demográficas, materiales y culturales – sociales en términos generales – más fundamentales y esenciales” (en Fernández y Sierra 2012, p. 85) para que exista y siga existiendo la economía de mercado; es decir, se interviene sobre elementos no directamente económicos para que hagan posible la economía de mercado de competencia (Fernández y Sierra 2012).

Aspectos como la religión o la política ejercen y refuerzan esta regulación, organizando la propia actividad económica y constituyendo la *infraestructura* de estas sociedades; por ejemplo, según Rodríguez, el ámbito familiar opera como un “núcleo localizado donde se desarrollan no sólo sistemas de parentesco, sino que además es el medio físico de formación de los nuevos cuerpos sometidos por el cual se opera moral y médicamente” (en Fernández y Sierra, 2012, p. 135). Del mismo modo que desde el área laboral, la regulación de las horas laborales y de descanso funciona como una estrategia de regulación de los ritmos de la vida.

Estas condiciones instauran un gobierno para la economía en el sentido de que ahora se organiza, asegura e instituye, mediante mecanismos formales gubernamentales, las condiciones necesarias para que se dé, no el intercambio sino la competencia; esto se propicia a través de dos operaciones:

Multiplicación y generalización de la forma empresa sobre el cuerpo social que crea una sociedad ajustada a la multiplicación y diferenciación de las empresas. (...) el hombre de empresa y la producción, según Foucault. (Así como) toda una serie de transformaciones institucionales de la institución jurídica, de las reglas del derecho y del intervencionismo jurídico del Estado, necesarias en una sociedad regulada a partir de la economía competitiva del mercado. (Fernández y Sierra, 2012, p. 84).

Esta competitividad se lleva a cabo a través de las prácticas cotidianas, encubierta bajo el discurso de la libertad individual, a lo cual Han (2014) refiere como “la relación del capital consigo mismo como otro capital” (p. 8). Hoy en día, se tiene la idea de que el ejercicio de la libertad se desempeña al esbozar un proyecto de sí mismo, se es libre de elegir la personalidad que uno quiere portar y para concebirla existen numerosos productos, experiencias y procedimientos a los que uno puede recurrir, favoreciendo la libertad de competencia; no obstante, esta labor tiene tonalidades de una sujeción a la cual uno deliberadamente se somete, originando lo que Rodríguez llama “una nueva ortopedia social construida desde el panoptismo, la disciplina y la normalización” (Fernández y Sierra, 2012, p. 120) y que además no tiene límites – siempre hay algo que mejorar, siempre hay algo por lograr – no sólo en el sentido de siempre querer tener más, sino de *ser* mejor.

Es por esto que Han (2014) propone una ruptura entre el panorama actual y la sociedad disciplinaria biopolítica, la cual considera “es totalmente inadecuada para comprender el régimen neoliberal que explota principalmente la psique” (p. 21) dado que el cuerpo ya no juega un papel tan central en el incremento de la productividad puesto que actualmente “no se superan resistencias corporales, sino que se optimizan procesos psíquicos y mentales” (p. 23). El régimen neoliberal “se comporta como alma” (p. 18) e instituye entre los individuos una rivalidad interminable, a modo de sana competencia; ya no se apoya en herramientas que proveen información respecto a la población en general sino en los datos que se obtienen respecto a cada individuo, haciendo posible la exploración de la psique, revelando una forma de gobierno psicopolítica (Han, 2014).

Nava (2018) menciona que esta fase del capitalismo “ya no se basa en la producción material como en su fase industrial, sino que se centra en la producción de signos, lenguajes, sentidos, subjetividades” (p. 75) que tienen como finalidad explotar al individuo más allá del cuerpo, hasta su emocionalidad; los mensajes que promueven la motivación, la competencia, la optimización y

la iniciativa son demandas que requieren la auto explotación y buscan incrementar la productividad y el rendimiento, inherentes a esta técnica de dominación psicopolítica.

De manera específica, el gobierno que se ejerce sobre las emociones es esencial para esta dinámica; la sociedad de consumo se consolida en función de lo que estas implican, y los productos que se diseñan para generar determinadas emociones y necesidades para incrementar su venta tienen relevancia respecto a su *valor emotivo*, no tanto en cuanto a su valor de uso, por lo que, a diferencia de las cosas, las emociones se pueden “consumir infinitamente” (Han, 2014, p. 72).

Por otro lado, el apoderamiento de la emoción resulta eficiente para el control psicopolítico dado que de esta manera puede influir en las acciones de las personas; a pesar de que el “capitalismo de la emoción” (p. 71) favorece la idea de la *subjetividad libre*, en el sentido de experimentar libremente las emociones, realmente lo que se pretende es influir en la performatividad que ponen en marcha determinadas emociones, así como censurar la expresión de algunas de ellas.

Alvarado y Nava (2014), apuntan a que este es un territorio cuya invasión se ha invisibilizado al ser “recubierto de naturalidad e irracionalidad” (p. 428) el cual, refieren, no alude a una emoción o sentimiento en específico sino a un espacio donde se estructuran las relaciones que nos conforman; es por ello mismo que se les ha subestimado o ignorado al momento de abordar el estudio del comportamiento humano, debido a que no existe forma objetiva para dar cuenta de ellas.

La concepción de que la capacidad de sentir es inherente al ser humano está apoyada en la oposición entre pensamiento y sentimiento¹⁹; no obstante, Huerta (2008) afirma que esta también es resultado de “la educación, de la asimilación de normas y del proceso de aprendizaje” (p. 2), es decir, el sentir se configura en las relaciones en las que el ser humano está involucrado y todo lo que las constituye, como son los valores y la afectividad (Le Breton, 1999).

Heller (1980) declara que “no hay sentimientos sin conceptualización ni pensamiento sin sentimiento” (p. 36) y argumenta que esta separación entre sentimiento y pensamiento, que se reproduce tanto en discursos de la vida cotidiana como científicos, deriva de varias razones: el

¹⁹ Le Breton (1999) proclama que la oposición entre la ‘razón’ y la ‘pasión’ es “un hilo rojo de la historia occidental de la filosofía” (p. 107), dado que esta oposición se ignora en otras culturas.

sentimiento ‘en trasfondo’ no es visto como tal, sólo algunos de los muchos tipos concretos de sentimiento son considerados como tales y “el contraste entre sentimiento y pensamiento se extiende también al carácter” (p. 38).

Esta autora define el sentir como “estar implicado en algo” (p. 17) – lo cual no necesariamente consiste en un objeto concreto, sino que puede ser otra persona, una situación, una idea, un proceso, etc. – y esta implicación²⁰ juega un papel constructivo, “y no como un mero acompañamiento” (p. 21), propio de la acción y el pensamiento. Aquello que dirige las acciones, pensamientos y sentimientos se articulan en lo individual y lo social, es decir, a través de “aprendizajes a nivel subjetivo (que) logran integrarse y determinar la forma de ver el entorno, de moverse en él, de vivir” (p. 4); estructuras internas de la subjetividad y estructuras sociales externas que conforman una realidad y de las cuales surgen ciertos sentimientos (Huerta, 2008).

Es por ello que no se pueden considerar los sentimientos como acontecimientos que por momentos afectan al ser humano, dado que esta implicación siempre existe – siempre se está en relación con el medio ambiente, con los objetos que lo conforman, con otros, etc. – por lo que el ser humano está, como dice Le Breton (1999) “permanentemente afectado, tocado por los acontecimientos” (p. 104).

De igual manera, respecto a las emociones, Han (2014) plantea que el sentimiento “tiene otra temporalidad” (p. 67); estos, por su duración, producen más bien un estado, a diferencia de las primeras que no se detienen, son más breves y casi fugaces. Torregrosa (1984) las define como “un acontecer más esporádico y errático de la experiencia subjetiva” (p. 186) a cuya acción la persona difícilmente puede resistirse o sobreponerse.

La emoción es una mezcla difícil de comprender, es “interpretación, expresión, significación, relación, regulación de un intercambio” (p. 77) cuya intensidad no cesa de cambiar y su

²⁰ Heller (1980) propone que esta implicación puede estar construida por una combinación de distintos elementos; puede resultar en una acción o reacción – es decir, que implique un acto deliberado o involuntaria – ser positiva o negativa – provocar una sensación placentera o desagradable –, ser directa o indirecta – significar algo para esa misma relación o afectar a otra – así como ser objeto central de la conciencia o ser relevante en el trasfondo. Asimismo, “la implicación puede afectar a sólo parte de la personalidad o a toda ella, puede ser momentánea o continuada, intensiva o extensiva, profunda o superficial, estable o en expansión, orientada hacia el pasado, presente o futuro (p. 20).

manifestación corresponde más o menos fielmente a la actitud de la persona y puede modificarse respecto al público, contexto y singularidad de cada persona, por lo que Le Breton (2012) sugiere que no se conciba el desencadenamiento de las emociones como “turbulencias morales golpeando conductas razonables” (p. 72) puesto que estas se guían por lógicas personales y sociales y al estar impregnadas de significado, tienen una razón de ser.

Le Breton (2012) explica que las emociones y los sentimientos no son transferibles de un individuo a otro o de un grupo a otro, ni se reducen a procesos fisiológicos o neurológicos indiferentes a las circunstancias culturales o sociales; una gran cantidad de ellas se derivan de “resultados reales, anticipados o imaginados” (Torregrosa, 1984, p. 193) de vínculos sociales, poniendo en evidencia que nacen y se desarrollan en las relaciones, de acuerdo a conveniencias sociales de cuales es trabajoso apartarse.

Le Breton (1999) afirma que las emociones y los sentimientos se presentan como roles socialmente desempeñados cuyo desencadenamiento es “necesariamente un dato cultural tramado en el corazón del vínculo social y alimentado por la historia del sujeto” (p. 109), lo cual permite revelar que no tienen realidad en sí mismas ni hacen referencia a la naturaleza del ser humano, sino que más bien en ellas “se cuele en el simbolismo social y los rituales vigentes” (Breton, 2012, p. 77).

Heller (1980) argumenta que debido a que no existe cosa tal como un lenguaje, conceptos u objetivaciones privadas, “la conciencia es siempre una conciencia social general” (p. 34) y es esta la que regula aquello que una persona se permite o se inhibe de reflexionar o expresar, de entre las tantas tareas que le son asignadas por el mundo. Torregrosa (1984) expone que, en la medida en que las emociones se vinculan a la experiencia de seres humanos socializados, que forman parte de una cultura, ellas están atravesadas por procesos cognitivos y evaluativos y, por ello, en gran medida, son una “producción social, resultado de procesos sociales de interacción y del marco sociocultural en que dicha interacción acontece” (pp. 185-186).

Las emociones acompañan, se derivan o anticipan la evaluación que la persona hace de sus necesarias transacciones con el entorno y son construidas y mantenidas por un orden social que las regula tanto en su contenido como en su expresión (Torregrosa, 1984). El hecho de que las emociones sean una “emanación social relacionada con circunstancias morales precisas y con la sensibilidad particular de lo individual” (p. 70), ritualmente organizadas y con significado para los

demás, pone en marcha un vocabulario, un discurso, gestos, expresiones, etc. particulares que configuran la comunicación social (Le Breton, 2012).

En este sentido, existe un lenguaje en las expresiones que, de acuerdo al convenio social implícito, se manifiestan o se reprimen de acuerdo al lugar donde la persona se encuentre; sin embargo, no siempre es posible lograr el control que requiere mantener esa congruencia, y la manifestación del sentimiento o emoción que atraviesa a la persona a veces va más allá de lo que se pretende mostrar y es que, como recalca Heller (1980) “cuanto más elevado sea el sentimiento, tanto más nos vemos inclinados a guardarlo ‘para nuestros adentros’” (p. 26). Le Breton (1999) menciona que “el sufrimiento no afecta las relaciones sociales mientras no haya un desborde de gemidos y lágrimas; la alegría no incomoda a los otros siempre que no manifieste una exuberancia fuera de lugar” (p. 134), debido a que la expresión exacerbada de un sentimiento – al igual que no demostrarlo en la medida adecuada – puede exponer a la persona a un juicio desfavorable, lo cual expone que en el ámbito de la sentimentalidad existe un tipo de moderación que se regula socialmente. De esta manera, la cuestión de la emocionalidad y su intensidad manifiesta resulta un asunto de atención social.

Como ya se había mencionado en el capítulo anterior, Heller (1980) declara que no existe sociedad que no procure regular la intensidad de la expresión, incluso el contenido, de algunos tipos de sentimiento; esto, debido a que es necesario establecer un “margen de lo tolerable y de la originalidad posible” (Le Breton 1999, p. 135) para conseguir la perpetuidad y protección de los miembros que conforman cierto vínculo social al inducir una expresión obligatoria de los sentimientos que pueden recorrer al individuo, incluso sin que este sea completamente consciente de ello, quien actúa de acuerdo a las expectativas de su grupo.

De acuerdo con Alvarado y Nava (2014), “la sentimentalidad descontrolada, desmedida, nos hace hacer cosas, nos hace producir realidades” (p. 434), por lo que la sociedad no puede dejar a la mera espontaneidad individual lo que ha de sentirse en cada situación. Se establecen, por tanto, “normas o reglas de las emociones, del sentir adecuado que progresivamente se van instaurando en la economía psíquica de la persona” (Torregrosa, 1984, p. 186) y dirigen, a partir de costumbres y ritos sociales, desde los objetos que evocan ciertas emociones y sentimientos, cómo han de manifestarse, en qué momento es adecuado y el significado que a estos eventos ha de adjudicarse.

La manera en la que actualmente se delimitan las situaciones en que ciertas emociones deben, o pueden, sentirse, estructura su expresión mediante reproducción, reforzamiento y ritualización, e incluso, como afirma Torregrosa (1984), se organizan acontecimientos masivos para producirlos y manejarlos, garantizando el mantenimiento de un cierto modo de existencia y estructura social²¹, lo cual se lleva a cabo con eficiencia inédita en la actual sociedad globalizada, gracias a un tipo de discurso que invisibiliza estos procedimientos y dificulta la posibilidad de pensar otras condiciones de existencia mediante su cuestionamiento: la mirada naturalista.

El naturalismo reduce la emoción a procesos anatómicos y fisiológicos, identificables a través de una serie de movimientos musculares que se registran en las expresiones faciales que dejan de lado a la persona en conjunto: sus movimientos corporales, palabras, desplazamientos y demás particularidades personales, así como diferencias sociales y culturales, como “la ambivalencia, el juego, las variaciones como timidez, modestia, discreción, autocontrol, ocultación, etc.” (Le Breton, 2012, p. 71).

Según Le Breton (2012), estas particularidades son las que, por decirlo de una manera, conforman un repertorio afectivo de nuestras sociedades, en el cual se basan los naturalistas para sostener su creencia en la universalidad de la emoción. Desde esta perspectiva, se ha pretendido demostrar que, independientemente del contexto, las emociones que sentimos los seres humanos son las mismas y, a pesar de que ha tenido algunos resultados que lo confirman²² hasta cierto punto, Torregrosa (1984) cita las conclusiones de Schachter que apuntan a que la mayoría de las investigaciones de este tipo no han conseguido mostrar “correlatos fisiológicos claramente diferenciables” (p. 186) de las distintas emociones, lo que apunta a los factores cognitivos como los que permiten identificar una emoción.

Heller (1980) manifiesta que “las auténticas emociones, por lo menos la mayoría de ellas, son idiosincráticas desde todo punto de vista” (p. 119); muchas de estas, como las palabras que no

²¹ Por estructura social se entiende la “totalidad diferenciada de elementos significativamente relacionados, tales como instituciones, roles, clases, castas, grupos, etc.”. (Torregrosa, 1984, p. 187)

²² Torregrosa (1984) refiere a la existencia de ocho emociones básicas en el ser humano, señaladas por Plutchik, cada una de las cuales tiene finalidad adaptativa y se remiten a formas de vida más primitivas. Estas emociones son: “miedo, ira, alegría, tristeza, aceptación (agrado), hastío (rechazo, desagrado), sorpresa y expectación” (p. 196).

tienen equivalente en distintos idiomas, no tienen un equivalente lingüístico fuera de su propio contexto social y cultural. Cada cultura desarrolla sus estilos propios de experiencia, los cuales no sólo implican “una orientación intelectual o creencial, sino una sensibilidad específica, un ‘vocabulario emocional’ propio” (Torregrosa, 1984, p. 188).

Desde el hecho de que diferentes culturas refieran a una gran variedad de emociones que a veces aparezcan como intraducibles unas a otras, hasta que cuestiones como la muerte, un nacimiento, una separación, etc. no se vivan de la misma manera en distintos lugares, se demuestra que no puede hablarse de las emociones en términos universales. De acuerdo con Le Breton (2012) “hablar de las emociones en términos absolutos, como el enfado, el amor, la vergüenza, etc., implica cometer una forma más o menos sensible de etnocentrismo” (p. 74) debido a que implícitamente se adjudica un significado común entre culturas diferentes.

Esto responde a una acción deliberada de invadir toda expresión de vida diversa, para reemplazarla por una sola forma de vida que se presenta como “curso natural de la historia, de la sociedad, de la persona, incluso de la naturaleza natural” (Alvarado y Nava, 2014, p. 427) que no sólo obedece a una forma de sujeción social sino también de precarización de la vida. De acuerdo con Nava y Alvarado (2018), cuando se reduce todo tipo de existencia a una forma *natural* y se posibilita el dominio de todo espacio de la vida social mediante su despolitización, se “cierra las posibilidades para generar formas de existencia” (p. 15); es por ello que la biopolítica se instaura en este discurso para encauzar la acción política del Estado, que determina lo que “naturalmente ha de ser, oscureciendo la diferencia entre las formas de vida” (p. 7) y de esta manera, rige la existencia individual y colectiva.

De acuerdo con Han (2014), la psicopolítica neoliberal actúa a través de un exceso de positividad: hoy la dominación ya no se ejerce mediante amenazas o un sometimiento evidente sino con un trato agradable; los estímulos positivos y el *me gusta*, refuerzan esta dinámica que se aprovecha de las necesidades, deseos y anhelos de las personas para su mantenimiento. Se establece una división entre las emociones negativas que llevan a desperdiciar el tiempo y ser irracional y las positivas que promueven la motivación y la productividad, las cuales son potenciadas, canalizadas o frenadas mediante...

...formas más refinadas de explotación como numerosos seminarios y talleres de ‘management’ personal e inteligencia emocional, así como jornadas de ‘coaching’

empresarial y liderazgo que prometen una optimización personal y el incremento de la eficiencia sin límite. (Han, 2014, p. 27).

Hoy en día, esta regulación no sólo se ejerce a través de las instituciones propias de una sociedad disciplinaria que vigila, sino más bien mediante una sociedad sinóptica, donde muchos vigilan a unos pocos quienes han de adoptar ciertos comportamientos que sean congruentes con una sociedad de consumo y, sobre todo, de auto-observación, auto-vigilancia y auto-explotación que lleva a las personas a sacar el máximo provecho y utilidad, sintiéndose realizados con ello (Nava, 2018).

Esto refiere a lo que mencionan Nava y Alvarado (2018) respecto a la relación de complicidad entre dominadores y dominados, que se ejerce mediante llamamientos del estilo ‘sal adelante’, ‘explota tu potencial’, ‘sigue tu vocación’, ‘sé la mejor versión de ti mismo’, que tienen como connotación demandas a producir, rendir, ser eficiente, “dentro de los marcos aceptables del interés general, de la consolidación de las instituciones, es decir, del Estado o la figura equivalente, la empresa, el corporativo, etc.” (p. 19). En ese sentido, el discurso de lo saludable actualmente es “una forma (que) se impone a otras para encauzar el vivir, generar la ocupación experta de la vida, la invasión de la existencia” (Nava, 2018, p. 17).

Esta pretensión de generar un tipo *único* de vida humana conlleva una forma brutal de violencia que se ejerce con la fuerza de las cosas *normales* y *correctas*, por lo que, además de no aparecer como evidente, se reproduce en las acciones que se llevan a cabo diariamente sin que se tenga una intención explícita de dominio. Nava (2018) se refiere a esta forma singular de existencia como la *forma-debida* de la humanidad, como el parámetro del “hombre racional, autónomo, soberano de sí, desapegado de las afecciones de la sentimentalidad, de la tradición, de la raza” (p. 26), respecto al cual se miden todas las personas.

Esta forma, mediante la cual actualmente se valoran aspectos como la utilidad, la productividad, la eficiencia y la racionalidad, aparece como una “apuesta política contra otras formas”, debido a que señala y estigmatiza aquellas que no estén dirigidas al progreso, el éxito y la realización de la economía política (Nava, 2018, p. 25). Es por ello que la categoría de biopoder aparece como una forma de visibilizar estas prácticas que se presentan como “el cauce normal de la existencia” y, a partir de ello, preguntarse desde dónde y si es posible combatir, resistir a esta...

...vida de diseño serializado, sostenida sobre un conocimiento de las leyes que gobiernan tanto las expresiones como los amores, los deseos al igual que los sudores, las relaciones sociales tanto como la digestión, le democracia al igual que la amistad, el periodo menstrual análogamente al periodo que define al verdadero enamoramiento. (Nava y Alvarado, 2018, p. 52).

Es por ello que Alvarado y Nava (2014) indican que una transformación en el ámbito de la sentimentalidad es necesario, dado que en este espacio se crean los modos de vincularse con el mundo y con uno mismo y, actualmente, el dominio que se ejerce sobre ella, que se presenta como el curso natural de las cosas, la ha dirigido a cumplir con las demandas de eficiencia y productividad propias del orden hegemónico, de manera que las personas se vuelven “ajenas a la capacidad de producir realidad” (p. 434) y, en cambio, se les produce realidad.

Nava y Alvarado (2018) y Huerta (2008), coinciden en que las demandas cotidianas de rendimiento que se traducen en obtener buenas notas, conseguir un empleo, soportar los traslados, ganar dinero, tener estabilidad, pareja, hijos, autos, viajes, así como satisfacer a los demás en los diversos contextos en los que las personas se mueven, son el fermento de emociones y sentimientos como: estrés, ansiedad, fobias, fracaso, insatisfacción, desconsuelo, desesperanza, depresión, vacío, soledad, propias de la sociedad de cansancio que propone Han, no son solo “problemas que se deriven de disposiciones psicológicas de los individuos” (Nava y Alvarado, 2018, p. 33), sino afectaciones que se gestan ante las imposiciones “de una estructura estructurante, sin ser concientes de ello” (Huerta, 2008, p. 10).

En este sentido, Torregrosa (1984) plantea que de acuerdo con la estratificación social – que organiza de manera desigual el acceso a bienes que cubren las necesidades básicas y otro tipo de experiencias gratificantes –, las personas de un nivel socioeconómico más alto tienen vivencias autograticantes mucho más seguido que aquellos de estratos sociales más bajos, quienes “tenderán con mayor frecuencia (...) a experimentar emociones y sentimientos auto-frustrantes” (p. 188-189).

Bajo este dominio de la sentimentalidad, se hace a las personas más susceptibles de presentar síntomas correspondientes a algún trastorno o patología, al producir circunstancias de manera deliberada, así como también se producen las opciones adecuadas para enfrentarlas. Los encargados de llevar a cabo dicha tarea son los expertos, quienes “aparecen como el mediador

imprescindible” (Nava y Alvarado, 2018, p. 38) para ayudar a equilibrar esos desajustes que facilitan la adaptación a tales condiciones de vida.

Este “ejército de ocupación que egresa constantemente de las universidades, que distribuyen sin cesar eso que el discurso científico-técnico produce como parámetros de la existencia” (p. 427), en forma de abogados y jueces, trabajadores sociales, psiquiatras, psicólogos, etc. no sólo mantienen el comportamiento y la afectividad dentro de los límites tolerables sino también vuelven a las personas ajenas a sus experiencias al ser concebidos como los únicos que saben realmente lo que le sucede, lo que siente y lo que debería sentir una persona (Alvarado y Nava, 2014).

Los expertos emergen de una técnica de la biopolítica, que se basa en extraer conocimiento de la población para posteriormente reproducirlo y convertirlo en un saber-poder que “opera por medio de los dispositivos que se insertan, operan y funcionalizan la vida” (Fernández y Sierra, 2012, p. 136). Ello tuvo una aplicación específica antes de la Segunda Guerra Mundial, donde científicos alemanes pretendían identificar “todo aquello que perturbaba el despliegue saludable de ese cuerpo social estatal, así como por la necesidad de tomar medidas políticas para cerrar el paso a todo aquello que enfermara y corrompiera”, teniendo en la mira grupos de personas que pudieran alterar el funcionamiento del Estado, tales como homosexuales, trastornados, razas inferiores, etc. (Nava y Alvarado, 2018, p. 9).

Rodríguez afirma que tal conjunto de saberes sobre el cuerpo, “despliegan una capacidad de conceptualizar y objetivar a los sujetos bajo patrones estandarizados donde lo importante es el manejo masivo de cuerpos” (en Fernández y Sierra, 2012, p. 132), alrededor de lo cual se consolidan las ciencias que se ocupan de incrementar el rendimiento del cuerpo tanto individual como de la especie y, por lo tanto, colocan a la persona a disposición de espacios de integración y exclusión social – instituciones carcelarias u hospitalarias – que a partir de entonces tienen la tarea de gobernar, administrar, gestionar y atenuar las intensidades de esa vida (Fernández y Sierra, 2012).

La medicina cobra una importancia particular al haber una transformación de la penalidad. Según Rodríguez, Foucault afirma que esta se produce cuando “el sistema judicial se ajusta a los mecanismos de vigilancia y de control del Estado centralizado, o lo que es lo mismo, cuando ambos mecanismos confluyen en la construcción del Estado moderno desde un sistema general de vigilancia” (en Fernández y Sierra 2012, p. 121) y como consecuencia, las acciones que se tomaron

en cuanto a grupos como delincuentes, huérfanos, estudiantes, obreros, etc. tomaron una forma preventiva, convirtiendo los dispositivos de castigo en curativos (Fernández y Sierra, 2012).

Foucault (1996) ilustró que fue debido al capitalismo que, a finales del siglo XVIII y comienzos del XIX, se interesó sobre lo biológico, lo somático, lo corporal, lo que permitió se vislumbrara un control de la sociedad no a través de la conciencia o la ideología, sino ejercido en el cuerpo haciendo de la medicina una *estrategia biopolítica*. A partir de la segunda mitad del siglo XIX, cuando se planteó “el problema del cuerpo, de la salud y del nivel de la fuerza productiva de los individuos” (p. 57), que la medicina se interesó en el cuerpo humano como instrumento laboral, convirtiéndola en una tecnología del cuerpo social²³.

Murguía, Ordorika y Lendo (2016), citan a Foucault al afirman que la medicina constituye una tecnología de control solamente comparable a la ley en su capacidad de categorizar a las personas y sus comportamientos. Como dispositivo de control social, la medicina ejerce una mirada vigilante y normalizadora sobre los sujetos que actualmente obedece a las necesidades empresariales debido a la politización y privatización de la realidad; todo lo que se interponga en el cumplimiento de este objetivo es visto como razón de intervención, por lo que, en el terreno de la salud, cada vez existen más personas que se ven integradas a esta dinámica “impuesta por los modos actuales de producir la existencia bajo los parámetros del liberal-capitalismo en marcha” (Nava, 2018, p. 12).

Esta dominación ya no se entiende por una relación explotador-explotado, sino que es mejor representada por la relación médico-paciente (Nava y Alvarado, 2018). Conrad (2007) afirma que el mayor poder de control social proviene de tener la autoridad de definir ciertos comportamientos, personas y cosas. No es casual que, en los últimos cincuenta años, el impacto de la medicina y

²³ Foucault (1996) identifica tres etapas de la conformación de la medicina social: la medicina del Estado – encargada de la fuerza activa de las poblaciones –, la medicina urbana – mediante la cual se llevó a cabo una purificación de las ciudades separando ciertos individuos de otros, analizando lugares foco de enfermedad y controlando la circulación del agua y aire, condiciones de vida del medio de existencia – y finalmente, la medicina de la fuerza laboral - responsable de la división de ciudades en sectores pobres y ricos bajo el perjuicio de peligro sanitario, del control de la salud y el cuerpo de las clases más necesitadas para volverlas más aptas para el trabajo y menos peligrosas para clases adineradas.

conceptos médicos se hayan expandido enormemente, abriendo paso a un fenómeno referido como medicalización.

Kanieski (2009), argumenta que las enfermedades son construcciones sociales basadas en juicios humanos sobre una condición en el mundo, es por ello que los discursos de riesgo han jugado un papel tan importante en la consolidación y mantenimiento de este suceso. En la medida en que comportamientos que eran definidos como inmorales, pecaminosos o criminales, son considerados como resultado de una enfermedad, ha permitido que algunos de los procesos comunes en la vida sean sujetos de esta medicalización que, según Nava (2018), “es en realidad un aspecto de un fenómeno más amplio que es la medicalización general de la existencia” (p. 30).

Para la medicalización, la definición es clave. Conrad (2007) la describe como un proceso mediante el cual un problema cuyo origen no es médico, se define en términos médicos, se describe con lenguaje médico, se entiende mediante la adopción de un referente médico y/o se trata con intervención médica – generalmente en términos de enfermedad, desorden, trastorno, etc-. Hoy en día, el alcoholismo, la adicción a opioides, los desórdenes alimenticios, la disfunción sexual, las dificultades de aprendizaje, la menstruación, el control prenatal, la menopausia, el nacimiento, la ansiedad – por mencionar algunas cuestiones –, han caído bajo jurisdicción médica, lo cual se ha reconocido como una de las transformaciones más influyentes de la última mitad del siglo XX en Occidente.

Conrad (2007) ha distinguido el número cada vez mayor de condiciones, conductas y experiencias, que son categorizados como enfermedades o desórdenes dentro de dos clasificaciones: comportamientos definidos como desviados por las normas sociales, como la locura, las adicciones, la homosexualidad, entre otros, y eventos o procesos naturales de la vida, como la calvicie, la menopausia y la andropausia, etc., a los cuales Davis añade dos tipos más que empiezan a ser catalogados desde hace poco más de diez años: problemas de la vida cotidiana y experiencias problemáticas, como la timidez o la obesidad y lo que se conoce como *enhancement*, que alude al perfeccionamiento, mejora o realce de ciertos aspectos del cuerpo y/o de las capacidades mentales (Murguía, Ordorika y Lendo, 2016).

La medicalización ha transformado lo cotidiano en patológico y la forma en que la ideología, intervenciones y terapias médicas configuran y reducen los límites del comportamiento, cuerpo y estados de ánimo considerados aceptables, incrementando su jurisdicción y, con ello, el control

social sobre los seres humanos. Sin embargo, sus alcances y sus riesgos no han dejado de ampliarse. Los críticos se preocupan por el hecho de que las dificultades diarias de la vida alienten no sólo la medicalización sino también el tratamiento psiquiátrico como solución (Conrad, 2007). El mismo autor argumenta que, en contraste con las entrevistas clínicas, las preguntas estandarizadas y descontextualizadas sobre los síntomas de las personas no distinguen entre una experiencia normal de angustia en respuesta a eventos negativos de la vida y condiciones genuinamente patológicas; para estas es imposible diferenciar si la persona tiene problemas para dormir o está deprimida porque perdió su trabajo o a un ser querido o si no tiene relación alguna con los eventos de su vida, sobreestimando la cantidad de patologías psiquiátricas en una comunidad.

Según Ivan Illich, el sistema médico de las sociedades occidentales modernas no sólo no cura, sino que posibilita la generación de enfermedades. La medicalización implica la elaboración de categorías y estándares que informan normas, discursos y prácticas de ámbitos cada vez más amplios de la vida (Murguía, Ordorika y Lendo, 2016). Una persona puede creer que está “perpetuamente enferma” (p. 170), debido a que la tendencia actual apunta a que los parámetros cada vez más estrechos de salud continuarán reduciéndose principalmente por la presión ejercida por los intereses comerciales de la industria farmacéutica – que impulsa el reconocimiento de nuevas enfermedades, riesgos y tratamientos –, y el beneficio que esto implica para las empresas de innovación biotecnológica (Fernández y Sierra, 2012).

De acuerdo con Murguía, Ordorika y Lendo (2016) “la medicina es hoy en día una gran industria transnacional, un ámbito de investigación científico-tecnológica intensiva, un sistema de la gran mayoría de los estados nacionales, un poderoso discurso sobre la vida, la muerte, el bienestar” (p. 636), que ha ampliado su campo de actuación de la salud a la calidad de vida, por lo que ahora también se encarga de mejorar el rendimiento y capacidades de las personas mediante la incorporación de saberes y prácticas médicas e intervención en el curso de condiciones de la vida como la alimentación, la sexualidad, el embarazo, el envejecimiento, la emocionalidad, etc.

En esta tendencia dominante, incluso las diferentes opciones de medicina *alternativa* – entre otras formas que aparecen como una propuesta distinta de existencia – tienen como objetivo cumplir con los imperativos de funcionalidad humana (Nava y Alvarado, 2018); la ansiedad por contener y/o anular lo patológico, la incapacitación, la incompetencia, etc. fomenta “esta medicalización de

la existencia, este apaciguamiento y atenuación de cualquier rasgo de intensidad” que dominan, despolitizan e individualizan las problemáticas sociales, procurando el avance y mantenimiento del capitalismo y de la forma única de vida que este promueve (Nava, 2018, p. 31).

Un caso que ejemplifica esta dinámica es el presentado por Rodríguez (en Fernández y Sierra, 2012) donde una niña, que es acusada de abusar sexualmente de compañeras en su escuela, se ve puesta a merced de instituciones de control y vigilancia que distribuyen el “orden social natural y global” (p. 121); su comportamiento es diagnosticado mediante: entrevista clínica, entrevista general de abusos sexuales, inventario de ansiedad, escalas de adaptación y conducta asertiva, así como entrevistas a los padres y a las víctimas. Todo esto la hace objeto de técnicas disciplinarias que pretenden corregir su *inhumanidad*, para lo cual – enfatiza el autor – la psiquiatría no sólo necesita de un conjunto de síntomas sino de afirmaciones y confesiones de la niña para poner en marcha cierta relación de poder desplegada por las instituciones escolares, sociales y psiquiátricas, junto con la familia.

Las consecuencias no sólo se ejercen sobre la familia y la niña en forma de aislamiento preventivo de la escuela, con la finalidad de “separar al enfermo de los elementos que habían desencadenado y mantenían la enfermedad mental”, (p. 128) sino de una reglamentación disciplinaria que se ejerce sobre la educación de la familia y la niña. Al respecto, se llevan a cabo una serie de tareas con la finalidad de prevenir situaciones similares dentro del mismo centro escolar, las cuales comprenden:

...la prevención efectiva en la familia y la escuela (vigilancia disciplinaria), la actualización educativa de los profesionales relacionados con la infancia (la estructura de saber-poder para la detección), la atención psicológica a las víctimas y a las familias (la recopilación de información para la acumulación de saberes) y el tratamiento psicológico del agresor/a (la reinserción social y el aprendizaje de conductas regladas y normalizadas). (Fernández y Sierra, 2012, p. 128).

Por otro lado, Kanieski (2009) documenta el caso de la medicalización del amor materno, la cual data de hace tiempo, sin embargo, últimamente se ha intensificado a partir de que las emociones y los sentimientos han sido objeto de escrutinio e intervención médica. La maternidad generalmente ha sido asociada con la crianza de los hijos y, cuando se concluyó que el estilo de crianza que se adoptara podría tener consecuencias permanentes tanto para la persona como para la sociedad, los

problemas sociales se concibieron como problemas con las madres y a partir de entonces se legitimó su medicalización.

Las investigaciones del fundador del conductismo, John B. Watson, tuvieron una gran responsabilidad en lo anterior, puesto que se buscaba diferenciar a las buenas de las malas madres a partir de la cantidad excesiva o deficiente de afecto hacia sus hijos; más trabajos que abordaban temas como la sobreprotección y el rechazo materno no sólo desplazaron la intuición y los conocimientos de otras madres, al concebirlos como inferiores al conocimiento científico de los expertos, sino también alimentaron la creencia de que había un nivel óptimo de amor materno que produciría los mejores resultados.

Kanieski (2009) afirma que, mediante la medicalización, las normas se vinculan con conceptos de salud y lo normal se convierte en deseable e incluso moral; bajo esta lógica, la normalización del amor materno se convierte en un sistema de regulación moral. Si requiere que el amor coincida con el bien social de niñas y niños felices y saludables, y el amor se logra mediante el guión maternal, entonces la normalización define la forma en que las madres viven la relación con sus hijos y la medicalización, que supone que las madres están potencialmente enfermas, interviene para lograr tal cometido.

Es en este marco que este trabajo problematiza la relación entre emocionalidad, medicalización y control gubernamental y político. Lo que se ha venido estableciendo, permite sostener que 1) hoy se desarrolla una forma planetaria de imponer una forma de vida, que adquiere rasgos liberal/capitalistas, 2) que esa imposición implica una homogeneización de la vida y, con ello, una idea de humanidad, en la que se privilegia la idea de individualidad como un valor en sí misma, 3) que al individuo se le atribuye una naturaleza humana que es necesario administrar para que se desarrolle adecuada, saludablemente, biopolíticamente, dejando al margen rasgos distintivos como cultura, historia, mundo de vida, 4) que en ese desarrollo planetario, la emocionalidad aparece como una dimensión que también es necesario administrar, en razón de que su *naturaleza* irracional, demanda que se le regule y controle y que 5) la medicalización ha emergido y se ha expandido como una herramienta para ese control planetario, gubernamental y de apariencia despolitizada.

La búsqueda de alternativas frente a ese dominio nos ha de demandar desprendernos de la naturalización de la idea de humanidad, de la necesidad planetaria de administrar y controlar toda

vida, de que la medicalización es solamente una herramienta neutral política, cultural e ideológicamente. En fin, desprendernos de los principios que el dominio liberal/capitalista nos ha presentado como correctos para la vida.

CONCLUSIONES: POR UNA APUESTA POLÍTICA DE LAS EMOCIONES

La preponderancia que el orden dominante ha instaurado en la ciencia ha propiciado que – a pesar de que el estudio de las emociones generalmente se adjudique a la psicología – la mayoría de las ocasiones, esta disciplina se ocupa de ellas mediante la implementación de técnicas con un objetivo de control más que de exploración. Es por ello que las corrientes, no sólo psicológicas, deslegitiman el conocimiento que no se crea bajo normas científicas puesto que se asume que sólo estas contribuyen al conocimiento de *la realidad*, al tiempo que reproducen un modelo que promueve el nulo cuestionamiento de los sistemas de pensamiento y las prácticas que se presentan como evidentes que acentúan su falta de compromiso social y político.

A pesar de presentarse como imparciales ante intereses personales o institucionales y tener como aparente objetivo la reelaboración de las formas de existir en el mundo, las universidades son los espacios principales donde esta reproducción toma lugar y al mismo tiempo, se promueve la marginación de modos alternativos de concebirse a sí mismo y habitar el mundo. La psicología, en específico, se ve inscrita en el campo de la salud al elaborar sus objetivos respecto a discursos de la normalidad, lo funcional, lo saludable, lo óptimo, etc. que refuerzan un estilo deseable de ser y vivir; los psicólogos intervenimos como mediadores entre la condición de déficit, exceso, enfermedad o patología y un estado de funcionalidad, estabilidad, bienestar, etc., que se adjudica a la supuesta naturaleza de la persona, hacia el que ella habrá de trabajar individualmente, sin tomar en cuenta que tal condición es resultado del tipo de relaciones sociales que se mantienen.

Estos parámetros, como ya se mencionó, son congruentes con los intereses del mercado que se alimenta de la insatisfacción e inadecuación constante a las que las personas se ven sujetas por considerarse respecto de imperativos de existencia tan reducidos que son casi imposibles de cumplir en su totalidad y de esta manera crea necesidades que se ven reflejadas en un aumento exorbitante de capital para las industrias. No parece coincidencia que, ante un incremento de ciertas condiciones como enfermedades, trastornos e inhabilidades, exista también un número creciente de soluciones que se presentan oportunamente; la medicalización como otras prácticas que funcionan bajo el discurso de lo saludable son herramientas con las que una persona cuenta para insertarse en este camino, dependiendo de los privilegios con los que se cuente.

En un país como México, no sólo la mayoría de los salarios son precarios, las condiciones laborales son pésimas, vivimos en constante tensión debido a la inseguridad, entre muchas otras cuestiones, sino que las condiciones de desigualdad propician que exista un sector marginado – incapaz de ejercer su derecho a la salud por el acceso limitado a servicios básicos – así como un sector *privilegiado* – cuya capacidad de consumo, facilita su sobremedicalización a través de la ingesta de vitaminas y minerales, energizantes, suplementos, vigorizantes, probióticos y un sinnúmero de productos que nuestro cuerpo apenas puede asimilar.

Estos problemas que derivan de situaciones sociales de desigualdad se presentan como patologías individuales al colocar en cada persona la responsabilidad de hacerse de los recursos que le permitan alcanzar un estado de bienestar. Demasiado se sacrifica para ser parte de una forma de vida para la cual las personas somos recursos intercambiables, desechables, y esto nos lleva a vivir una condición perpetua de cansancio e impotencia que no sólo refleja una constante tensión entre la vida que se lleva y la vida que se anhela, sino que ni siquiera alcanza a provocar una inquietud que estimule el cuestionamiento, mucho menos la toma de acciones, individuales o en comunidad, al respecto.

Es por ello que frecuentemente, por convicción o con cierto recelo, nos sometemos a mecanismos que aparentemente nos hacen sentir bien pero siguen la lógica de mejoramiento, bienestar y salud, propia del régimen biopolítico que nos gobierna. El mismo dominio que genera estos padecimientos denomina las maneras adecuadas de lidiar con ellos; recurrir a los expertos en salud que nos reducen a carne para una mejor administración de la mano de obra y con ello niegan nuestra agencialidad al colocarse en el lugar del saber y sostener que conocen – mejor que nosotros mismos – aquello que nos sucede, mantiene las experiencias como la sentimentalidad, ajena a quien la vive. Nos sentimos realizados cuando tenemos una actitud positiva y no permitimos que nada alrededor nos afecte ni perturbe, pero se pierde de vista que esos eventos, designados como ‘negativos’ también juegan un papel clave en nuestra experiencia.

La perspectiva construccionista permita vislumbrar que ninguna teoría es neutra debido a que toda producción de conocimiento es política en el sentido de que contribuye al mantenimiento y legitimación de una forma de vida en específico. El discurso científico – que sostiene la idea de la salud mental y la medicalización – y el curso natural de la vida cotidiana – que generan expectativas y moldean lo que deben ser nuestras relaciones – han de ser entendidas como

estrategia de gobierno y cuestionadas en cuanto a las implicaciones políticas y sociales que tiene esa que se presenta como la única forma de (sobre)vivir.

En el caso particular de las emociones, el socioconstruccionismo visibiliza prácticas de despolitización y naturalización que globalizan las emociones como algo a evitar, a lo cual sobreponerse para cumplir con los únicos referentes de existencia, aceptables y admirables, que más que como una opción, se imponen de manera violenta al surgimiento de la diferencia.

La concepción de las emociones y los sentimientos como construcciones sociales, es decir, como resultado de nuestra implicación con el mundo y la elaboración que hacemos de nosotros mismos, de los valores, normas, ideas que conforman nuestra acción, permite pensarlas como nuestras, en el sentido de que no son algo que nos sucede involuntariamente, que nubla nuestro juicio y por tanto hay que atenuar, sino algo que creamos y con lo que podemos hacer, crear algo.

Es así como el territorio de la sentimentalidad aparece como una alternativa para el ejercicio práctico de inventar formas más libres, no en el sentido de consumo o producción, sino de vivirse, conocerse, existir en comunidad. Asumir la vida propia como acto político, para quienes así se lo propongan, implica irrumpir en el curso normal de la vida para advertir las formas de dominio inscritas en ella; preguntarse quién define, a quién beneficia y a quién se excluye de los discursos que hoy en día nos rigen y considerar que el no tomar una postura, es tener una postura.

REFERENCIAS

1. Alvarado, V. y Nava, M. (2014). Sentimentalidad, dominación y transformación social: el problema de la educación sentimental. *Revista Electrónica de Psicología Iztacala*, 17(1), 424-440.
2. Bauman, Z. (2000). *Modernidad líquida*. México: Fondo de Cultura Económica.
3. Bauman, Z. (2006). *Vida líquida*. España: Ediciones Paidós Ibérica.
4. Beriain, J. (Ed.) (1996). *Las consecuencias perversas de la modernidad: modernidad, contingencia y riesgo*. Barcelona, España: Anthropos.
5. Botticelli, S. (2016). La gubernamentalidad del Estado en Foucault: un problema moderno. *Praxis Filosófica*, (42), 83-106.
6. Bruner, J. (1990). *Actos de significado: más allá de la revolución cognitiva*. España: Alianza Editorial.
7. Capra, F. (1992). *El punto crucial: ciencia, sociedad y cultura naciente*. Buenos Aires, Argentina: Editorial Troquel.
8. Caserola, M. (2013). Ética amatoria del deseo libertario y las afectaciones libres y alegres. Colección (Im)pensados.
9. Castro, E. (2007). Biopolítica y gubernamentalidad. *Temas & Matices*, (11), 8-18.
10. Conrad, P. (2007). *The Medicalization of Society*. USA, The John Hopkins University Press.
11. Debord, G. (1995). *La sociedad del espectáculo*. Santiago de Chile: Ediciones Naufragio.
12. Fernández, D. y Sierra, A. (2012). *La biopolítica en el mundo actual: reflexiones sobre el efecto Foucault*. Barcelona, España: Laertes.
13. Frager, R. y Fadiman, J. (2010). *Teorías de la Personalidad*. México: Alfaomega Grupo Editor.
14. Foucault, M. (1977). *Historia de la sexualidad I: la voluntad de saber*. España: Siglo XXI.
15. Foucault, M. (1996). *La vida de los hombres infames*. Argentina: Altamira.
16. Foucault, M. (2004). *Nacimiento de la biopolítica: curso en el Collège de France (1978-1979)*. Buenos Aires, Argentina: Fondo de Cultura Económica.
17. Foucault, M. (2007). La gubernamentalidad. En Giorgi, G. y Rodríguez, F. (Eds.), *Ensayos sobre biopolítica: excesos de vida*. (pp. 187-215). Buenos Aires, Argentina: Paidós.

18. Gergen, K. (1985). The social constructionist movement in modern psychology. *American Psychologist*, 40(3), 266-275.
19. Gergen, K. (2005). *Construir la realidad: el futuro de la psicoterapia*. Barcelona, España: Paidós.
20. Han, B. (2010). *La sociedad del cansancio*. Barcelona, España: Herder.
21. Han, B. (2014). *Psicopolítica*. Barcelona, España: Herder.
22. Heller, A. (1980). *Teoría de los sentimientos*. México: Ediciones Coyoacán.
23. Huerta, A. (2008). La construcción social de los sentimientos desde Pierre Bourdieu. *Iberoforum*, 3(5), 1-11.
24. Ibáñez, T. (1993). La dimensión política de la psicología social. *Revista Latinoamericana de Psicología*, 25(1), 19-34.
25. Ibáñez, T. (1994). *Psicología social construccionista*. México: Universidad de Guadalajara.
26. Ibáñez, T. (2003). La construcción social del socioconstruccionismo: retrospectiva y perspectivas. *Política y Sociedad*, 40(1), 155-160.
27. Íñiguez-Rueda, L. (2003). La psicología social como crítica: continuismo, estabilidad y efervescencias tres décadas después de la "crisis". *Revista Interamericana de Psicología*, 37(2), 221-238.
28. Jappe, A., Kurz, R. y Ortlieb, C. P. (2009). *El absurdo mercado de los hombres sin cualidades*. España: Pepitas de calabaza.
29. Kanieski, M. (2009). *Best Be the Ties That Bind: The Medicalization of Mother Love*. Saint Mary's College.
30. Klayman, A. (Directora). (2018). *Take your pills*. [serie de televisión]. E.E.U.U.: Netflix.
31. Le Breton, D. (1999). *Las pasiones ordinarias*. Buenos Aires, Argentina: Ediciones Nueva Visión.
32. Le Breton, D. (2012). Por una antropología de las emociones. *Revista Latinoamericana de Estudios sobre Cuerpos, Emociones y Sociedad*, (10), 69-79.
33. López-Silva, P. (2013). Realidades, construcciones y dilemas: una revisión filosófica al construccionismo social. *Cinta de moebio*, (46), 9-25.

34. Martín, P. (25 de febrero de 2016). Guy Debord y 'la sociedad del espectáculo'. El Financiero. Recuperado de <http://www.elfinanciero.com.mx/opinion/patricia-martin/guy-debord-y-la-sociedad-del-espectaculo>.
35. Montero, M. (2004). Relaciones entre psicología social comunitaria, psicología crítica y psicología de la liberación: una respuesta latinoamericana. *PSYKHE*, 13(2), 17-28.
36. Murguía, A., Ordorika, T. y Lendo, L. (2016). El estudio de los procesos de medicalización en América Latina. *História, Ciências, Saúde – Manguinhos*, 23 (3), 635-651.
37. Nava, M. (2018). La salud mental en el enjambre: dispositivo biopolítico. *Reflexiones Marginales*, (44). Recuperado de <https://2018.reflexionesmarginales.com/la-salud-mental-en-el-enjambre-dispositivo-biopolitico/>
38. Nava, M. y Alvarado, V. (2018). El poder del biopoder: sufrimiento y desesperanza en el tiempo del poder logístico [en proceso de publicación].
39. Real Academia Española. (2001). Diccionario de la lengua española (22.a ed.). Consultado en <http://dle.rae.es/>
40. Redeker, R. (2014). *Egobody: la fábrica del hombre nuevo*. Bogotá, Colombia: Luna Libros.
41. Sandoval, J. (2010). Construccinismo, conocimiento y realidad: una lectura crítica desde la Psicología Social. *Revista Mad*, (23), 31-37.
42. Torregrosa, J. (1984). Emociones, sentimientos y estructura social. En J. Torregrosa y Crespo, E. (Eds.), *Estudios básicos de psicología social*, (pp. 186-199). Barcelona, España: Hora-CIS.
43. Touraine, A. (2000). *¿Podremos vivir juntos? Iguales y diferentes*. México. FCE.
44. Tovar, M. (2001). *Psicología social comunitaria: una alternativa teórico-metodológica*. México: Plaza y Valdés.
45. Villoro, L. (2010). *El pensamiento moderno: filosofía del renacimiento*. México: FCE.
46. YouTube. [Filippo Maria Sposini]. (2014, abril 16). *Ken Gergen talks about Social Constructionist Ideas, Theory and Practice*. Recuperado de <https://www.youtube.com/watch?v=-AsKFFX9Ib0>